

## S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, CONTRA LOS ACADÉMICOS, TRES LIBROS.

### ADVERTENCIA SOBRE LOS TRES LIBROS CONTRA LOS ACADÉMICOS.

El orden correcto exige que los libros contra los Académicos, que fueron los primeros revisados por Agustín y los primeros que escribió (excepto la obra sobre lo Bello y lo Apropiado, que fue publicada cuando era más joven y se perdió inmediatamente), sean restituidos a su lugar propio. Pues bien, cuando el santo Doctor había absorbido desde hacía tiempo los argumentos de los Académicos contra la percepción de la verdad, incluso cuando había alcanzado la verdad por la gracia de Dios, estos le causaban cierta molestia. Para refutarlos, no solo se dedicó a meditaciones privadas, sino que también decidió tener una discusión con amigos. Esta discusión, que se llevó a cabo durante varios días, la dividió en tres libros y la envió a su conciudadano y mecenas Romaniano, exhortándolo al estudio de la filosofía.

El primer libro presenta a Licencio y Trigeccio enfrentándose entre sí, el primero discutiendo a favor de los Académicos y el segundo en contra: si la vida bienaventurada se encuentra en el conocimiento de la verdad o, por el contrario, solo en su búsqueda. Aquí se explica extensamente qué es el error y qué es la sabiduría.

En el segundo libro, San Agustín revisa las doctrinas de los Académicos; Alipio prosigue con las diferencias entre la Academia antigua y la nueva. Se rechaza la opinión de estos filósofos, quienes, al pensar que la verdad no podía ser comprendida, profesaban seguir lo verosímil.

En el tercer libro, Alipio niega que se pueda encontrar la verdad por las partes asumidas; Agustín prueba que el sabio puede conocerla, ya que al menos conoce la sabiduría. Luego discute la definición de Zenón y refuta dos afirmaciones de los Académicos: que nada puede ser percibido y que no se debe dar asentimiento a ninguna cosa. Finalmente, dice que le parece que los Académicos no pensaban de la manera en que comúnmente se cree.

Escribió estos libros al inicio de su conversión en el campo de Casiciaco, en pocos días, como él dice, después de haber comenzado a vivir allí (Libro 1, c. 1, n. 4); por lo tanto, hacia finales del año 386, cuando, habiendo renunciado a la profesión de retórica, se retiró allí para dedicarse completamente a purificar su alma y prepararse dignamente para el sagrado Bautismo. Consulta la anotación en el libro 3, c. 20.

### S. AGUSTÍN, EPÍSTOLA 1, A HERMOGENIANO.

Yo no me atrevería a desafiar a los Académicos ni siquiera en broma, pues ¿cuándo no me movería la autoridad de hombres tan grandes, si no pensara que estaban muy lejos de la opinión que comúnmente se les atribuye? Por eso, más bien los he imitado en la medida de mis posibilidades, que combatido, lo cual no puedo hacer en absoluto. Me parece que fue bastante adecuado para los tiempos que, si algo puro fluyera de la fuente platónica, se condujera entre matorrales sombríos y espinosos para el pasto de muy pocas personas, en lugar de fluir por lugares abiertos, donde, con el ganado irrumpiendo por todas partes, no podría mantenerse puro y claro... En este siglo, cuando ya no vemos filósofos, salvo quizás en apariencia, a quienes no consideraría dignos de tan venerable nombre, me parece que se debe devolver a los hombres, si algunos fueron disuadidos de la comprensión de las cosas por la habilidad verbal de los Académicos, la esperanza de encontrar la verdad: para que lo que fue adecuado para erradicar errores profundos no comience ahora a ser un impedimento para la

inserción del conocimiento... En verdad, sea cual sea el estado de esas letras, no me deleita tanto, como escribes, que haya vencido a los Académicos (escribes esto quizás con más amor que verdad); sino que me he liberado de la atadura más odiosa, que me refrenaba de la abundancia de la filosofía por la desesperación de la verdad, que es el alimento del alma.

## DEL LIBRO XV SOBRE LA TRINIDAD, CAPÍTULO XII.

Contra los Académicos... que sostienen que el hombre no puede saber nada... hay tres libros nuestros, escritos en el primer tiempo de nuestra conversión: quien pueda y quiera leerlos, y los entienda una vez leídos, ciertamente no será movido por los muchos argumentos que ellos inventaron contra la percepción de la verdad. Véase el libro Enchiridion, c. 20.

LIBRO PRIMERO. Romaniano es incitado a la filosofía en el prólogo de este libro, en el cual su hijo Licencio se enfrenta a Trigeccio en tres disputas. Aquel defiende a los Académicos, sosteniendo que la vida bienaventurada reside en la búsqueda misma de la verdad, mientras que este último argumenta que solo se logra con la comprensión de la verdad. Se discute la definición de error, así como la definición de sabiduría, que se explica claramente.

### CAPÍTULO PRIMERO.---Exhorta a Romaniano a la verdadera filosofía.

1. ¡Oh, ojalá, Romaniano, la virtud pudiera arrebatarse al hombre adecuado de las manos de la fortuna adversa, así como no permite que nadie se lo arrebate a ella! Ya te habría echado mano, proclamándote de su jurisdicción, y trasladándote a la posesión de los bienes más seguros, no te permitiría servir ni siquiera a los casos prósperos. Pero como está dispuesto, ya sea por nuestros méritos o por la necesidad de la naturaleza (Libro 1 Retract., c. 1, n. 2), que el alma divina adherida a los mortales no sea recibida en el puerto de la sabiduría, donde no se mueve ni por el viento adverso de la fortuna ni por el favorable, a menos que la misma fortuna, ya sea favorable o aparentemente adversa, lo conduzca allí: no nos queda otra cosa que orar por ti, para que, si podemos, obtengamos de aquel a quien le importa esto, que te devuelva a ti mismo; pues así fácilmente te devolverá también a nosotros; y permita que esa mente tuya, que desde hace tiempo anhela respirar, emerja alguna vez a las auras de la verdadera libertad. Porque tal vez lo que comúnmente se llama fortuna está gobernado por un orden oculto; y no llamamos casualidad en las cosas a otra cosa que a aquello cuya razón y causa están ocultas (Ibid.); y nada de lo que sucede, ya sea conveniente o inconveniente, en parte, no concuerda y se ajusta al todo. Esta sentencia, proclamada por los oráculos de las doctrinas más abundantes y alejada del entendimiento de los profanos, promete la filosofía demostrar a sus verdaderos amantes, a quienes te invito. Por lo tanto, cuando te suceden muchas cosas indignas de tu alma, no te desprecies a ti mismo. Porque si la divina providencia se extiende hasta nosotros, lo cual no debe dudarse en absoluto; créeme, así debe tratarse contigo como se hace. Pues con tu talento, que siempre admiro, desde la adolescencia, cuando aún eras débil en razón y con paso vacilante ingresaste en la vida humana llena de todos los errores; te recibió la abundancia de riquezas, que había comenzado a absorber esa edad y alma, que seguía ávidamente lo que parecía bello y honesto, con sus seductores remolinos, si no te hubieran arrebatado de allí los vientos de la fortuna, que se consideran adversos, cuando casi te hundías.

2. ¿O acaso, si mientras ofrecías espectáculos de osos y espectáculos nunca antes vistos por nuestros ciudadanos, el aplauso teatral siempre próspero te hubiera recibido; si la multitud inmensa de hombres necios, con voces unidas y concordantes, te llevara al cielo; si nadie se atreviera a ser tu enemigo; si las tablas municipales te inscribieran no solo como patrón de los ciudadanos, sino también de los vecinos; se erigieran estatuas, fluyeran honores, se añadieran

también poderes que superaran el rango municipal; se prepararan diariamente mesas opulentas en los banquetes; lo que fuera necesario para cada uno, lo que las delicias de cada uno desearan, se pidiera sin dudar, se obtuviera sin dudar, se derramara mucho incluso para los que no lo pidieran; y la misma propiedad familiar, administrada diligentemente por los tuyos y fielmente, se mostrara adecuada y preparada para tales gastos: mientras tanto, vivieras en las más exquisitas construcciones, en el brillo de los baños, en los mosaicos que la honestidad no rechaza, en las cacerías, en los banquetes, en la boca de los clientes, en la boca de los ciudadanos, en la boca, en fin, de los pueblos, como el más humano, liberal, limpio, afortunado, como fuiste, te alabaras: ¿alguien, Romaniano, se atrevería a mencionarte otra vida bienaventurada, que es la única bienaventurada? ¿Alguien, te pregunto, podría persuadirte de que no solo no eres feliz, sino que eres más miserable cuanto menos te lo pareces? Ahora bien, ¿cuán brevemente te han advertido tantas y tan grandes adversidades que has soportado? No necesitas ser persuadido con ejemplos ajenos de cuán efímeros y frágiles, y llenos de calamidades son todos los bienes que los mortales consideran buenos; ya que lo has experimentado suficientemente bien por ti mismo, de modo que podemos persuadir a los demás a partir de ti.

3. Por lo tanto, eso, eso tuyo, por lo cual siempre has deseado lo decoroso y honesto; por lo cual has preferido ser liberal más que rico; por lo cual nunca has deseado ser más poderoso que justo, nunca has cedido a las adversidades y maldades: eso mismo, digo, que en ti es divino, no sé cómo adormecido por el sueño y letargo de esta vida, la providencia secreta ha decidido despertar con esas diversas y duras sacudidas. Despierta, despierta, te lo ruego; créeme, te alegrarás mucho de que casi ningún don de este mundo, con el que los incautos son atrapados, te haya halagado: que intentaban atraparme a mí mismo diariamente cantando estas cosas, si el dolor del pecho no me hubiera obligado a abandonar la profesión vacía y refugiarme en el regazo de la filosofía. Ella ahora me nutre y me cuida en el ocio que tanto deseamos: ella me ha liberado completamente de esa superstición en la que contigo me había precipitado. Ella enseña, y enseña verdaderamente, que no se debe adorar nada en absoluto, y que se debe despreciar todo lo que se percibe con los ojos mortales, todo lo que cualquier sentido toca (Libro 1 Retract., c. 1, n. 2). Ella promete mostrar claramente al Dios más verdadero y secreto, y ya casi se digna mostrarlo a través de nubes luminosas.

4. En esta filosofía vive conmigo con gran dedicación nuestro Licencio: se ha vuelto completamente hacia ella desde las seducciones y placeres juveniles, de tal manera que no me atrevo a proponerlo como ejemplo a su padre. La filosofía es, en efecto, de cuyos pechos ninguna edad se quejará de ser excluida; para retenerla y beberla con más avidez, aunque conozco bien tu sed, quise enviarte un gusto, que espero no haber esperado en vano que te sea muy agradable y, por así decirlo, introductorio. Pues te envió la disputa que tuvieron entre sí Trigeo y Licencio, transcrita en letras. También a ese joven, como si hubiera tomado un poco de tiempo en la milicia para limpiar el hastío de las disciplinas, nos lo ha devuelto ardiente y voraz por las grandes y honestas artes. Así, después de haber pasado pocos días desde que comenzamos a vivir en el campo, cuando los vi, animándolos y exhortándolos al estudio, más preparados y completamente ansiosos de lo que había esperado, quise probar qué podían hacer según su edad: especialmente cuando el libro Hortensio de Cicerón parecía haberlos conciliado en gran medida con la filosofía. Así que, habiendo llamado a un notario, para que el viento no dispersara nuestro trabajo, no permití que se perdiera nada. En este libro, ciertamente, leerás las ideas y opiniones de ellos, pero las palabras mías y de Alipio.

DISPUTA PRIMERA.

CAPÍTULO II.---Si para la vida bienaventurada es necesaria la comprensión de la verdad, o solo su búsqueda.

5. Así que, cuando todos nos habíamos reunido en un lugar adecuado por mi exhortación: ¿Acaso dudáis, dije, que debemos conocer la verdad? En absoluto, dijo Trigeccio: y los demás lo aprobaron con su expresión. ¿Qué si, dije, incluso sin comprender la verdad podemos ser felices; consideráis necesaria la comprensión de la verdad? Aquí Alipio: Creo que es más seguro, dije, que yo sea el juez de esta cuestión. Pues como tengo un viaje planeado a la ciudad, debo ser relevado de la carga de asumir alguna parte; además, porque más fácilmente puedo delegar a alguien las partes del juez que las de cualquier defensor. Por lo tanto, de aquí en adelante no esperéis de mí nada por una u otra parte. Cuando esto le fue concedido por todos, y yo repetí la pregunta: Ciertamente queremos ser felices, dijo Trigeccio; y si podemos llegar a esto sin la verdad, no debemos buscar la verdad. ¿Qué hay de esto mismo, dije? ¿Os parece que podemos ser felices incluso sin encontrar la verdad, si solo la buscamos? Entonces Licencio: Podemos, dije, si buscamos la verdad. Cuando pedí la opinión de los demás con un gesto: Me mueve, dijo Navigio, lo que ha dicho Licencio. Pues tal vez esto mismo sea vivir felizmente, vivir en la búsqueda de la verdad. Define, entonces, dijo Trigeccio, qué es la vida bienaventurada, para que a partir de eso pueda deducir qué conviene responder. ¿Qué crees, dije, que es otra cosa vivir felizmente, sino vivir según lo que es mejor en el hombre? No lanzaré palabras al azar, dijo: pues creo que eso mismo, lo mejor, debe ser definido por ti. ¿Quién, dije, dudará de que lo mejor del hombre no es otra cosa que esa parte del alma a la que conviene que obedezcan todas las demás cosas en el hombre? Esta, sin que pidas otra definición, puede llamarse mente o razón (Libro 1 Retract., cap. 1, n. 2). Si no te parece, busca cómo defines tú mismo la vida bienaventurada o lo mejor del hombre. Estoy de acuerdo, dijo.

6. ¿Qué entonces? Para volver al tema, dije, ¿te parece que se puede vivir felizmente sin encontrar la verdad, si solo se busca? Repito, dije, esa mi sentencia: No me parece. ¿Y vosotros, qué opináis? Entonces Licencio: A mí me parece completamente, dijo: pues nuestros mayores, a quienes hemos aceptado como sabios y bienaventurados, vivieron bien y felizmente solo porque buscaban la verdad. Agradezco, dije, que me hayáis hecho juez junto con Alipio, a quien, confieso, ya comenzaba a envidiar. Puesto que a uno de vosotros le parece que la vida bienaventurada reside solo en la investigación de la verdad; al otro, que no puede lograrse sino con su invención; y Navigio mostró hace poco que quería pasarse a tu parte, Licencio: espero con gran interés qué tipo de defensores de vuestras opiniones podéis ser. Pues es un gran asunto, y digno de una discusión diligente. Si es un gran asunto, dijo Licencio, requiere grandes hombres. No busques, dije, especialmente en esta villa, lo que es difícil de encontrar en cualquier parte del mundo: sino más bien explica por qué lo que has dicho, no al azar, según creo, y cómo te parece: pues las cosas más grandes, cuando son buscadas por los pequeños, suelen hacerlos grandes.

CAPÍTULO III.---Se defiende a los Académicos, argumentando que la bienaventuranza reside en la búsqueda de la verdad.

7. Puesto que veo que nos instas mucho a que discutamos entre nosotros, lo cual confío que deseas con utilidad; pregunto por qué no puede ser feliz quien busca la verdad, incluso si no la encuentra. Porque queremos que el bienaventurado sea perfecto en todo sabio. Pero quien aún busca, no es perfecto. ¿Cómo, entonces, puedes afirmar que es feliz, no lo veo en absoluto. Y él: ¿Puede vivir para ti la autoridad de los mayores? No de todos, dijo Trigeccio. ¿De cuáles entonces? De aquellos, por supuesto, que fueron sabios. Entonces Licencio: ¿No te parece sabio Carneades? Yo, dije, no soy griego; no sé quién fue ese Carneades. ¿Qué, dije

Licencio, piensas entonces de nuestro Cicerón? Aquí, después de haber guardado silencio por un tiempo: Fue sabio, dijo. Y él: Entonces, ¿su opinión sobre este asunto tiene algún peso para ti? La tiene, dijo. Escucha entonces cuál es, pues creo que se te ha olvidado. Pues a nuestro Cicerón le pareció que es feliz quien investiga la verdad, incluso si no puede llegar a su invención. ¿Dónde dijo esto, dijo, Cicerón? Y Licencio: ¿Quién ignora que él afirmó vehementemente que nada puede ser percibido por el hombre; y que no queda nada para el sabio, sino la investigación más diligente de la verdad: porque si se diera asentimiento a cosas inciertas, incluso si tal vez fueran verdaderas, no podría liberarse del error, lo cual es la mayor culpa del sabio. Por lo tanto, si se debe creer necesariamente que el sabio es bienaventurado, y la sola investigación de la verdad es el perfecto don de la sabiduría; ¿qué dudamos en considerar que la vida bienaventurada puede lograrse incluso por la investigación misma de la verdad?

8. Entonces él: ¿Se me permite volver a lo que se concedió temerariamente? Aquí yo: No suelen conceder esto, dije, aquellos a quienes no impulsa el deseo de encontrar la verdad, sino la jactancia infantil del ingenio. Por lo tanto, conmigo, especialmente cuando aún estáis en proceso de ser nutridos y educados, no solo se concede, sino que también quiero que tengáis en vuestros preceptos que debéis volver a examinar lo que habéis concedido incautamente. Y Licencio: No considero un pequeño progreso en la filosofía, dijo, cuando en comparación con encontrar lo recto y verdadero, se desprecia la victoria por el disputante. Así que con gusto obedezco los preceptos y la sentencia tuya, y permito a Trigecio volver a lo que considera que concedió temerariamente. Entonces Alipio: Las partes del oficio que asumí aún no son, como reconocéis conmigo, para vosotros mismos. Pero como la partida ya dispuesta me obliga a interrumpir, mi compañero en el juicio no rechazará el poder duplicado hasta mi regreso: pues veo que esta vuestra contienda se prolongará más. Y cuando se fue: Lo que, dijo Licencio, concediste temerariamente, expón. Y él: Concedí temerariamente, dijo, que Cicerón fue sabio. ¿Acaso Cicerón no fue sabio, de quien la filosofía en lengua latina tanto comenzó como se perfeccionó? Aunque conceda que fue sabio, no apruebo, sin embargo, todo lo suyo. Pero debes refutar muchas otras cosas tuyas, para que no parezca que desapruebas impudicamente esto de lo que se trata. ¿Qué si estoy dispuesto a afirmar que solo en esto no pensó correctamente? No os importa, creo, a menos que traiga razones de peso para lo que quiero afirmar. Prosigue, dijo él. ¿Qué, entonces, me atreveré contra él, que se profesa adversario de Cicerón?

9. Aquí Trygetius dijo: Quiero que prestes atención, nuestro juez, a cómo definiste anteriormente la vida bienaventurada: dijiste que es bienaventurado aquel que vive según la parte del alma que debe gobernar a las demás. Pero tú, Licentius, quiero que ahora me concedas (pues ya he sacudido el yugo de la autoridad con la libertad que la filosofía promete reivindicar para nosotros), que no es perfecto quien aún busca la verdad. Entonces él, después de un largo silencio, dijo: No lo concedo. Y Trygetius: ¿Por qué, te lo ruego? Expílicate. Estoy aquí y deseo escuchar cómo puede ser perfecto un hombre y aún buscar la verdad. Él respondió: Quien no ha llegado al fin, admito que no es perfecto. Sin embargo, creo que solo Dios conoce esa verdad, o tal vez el alma del hombre, cuando abandona este cuerpo, es decir, esta oscura prisión. Pero el fin del hombre es buscar la verdad perfectamente: buscamos lo perfecto, pero aún así, al hombre. Y Trygetius: Entonces, el hombre no puede ser bienaventurado. ¿Cómo podría serlo, si no puede alcanzar lo que desea con tanto fervor? Sin embargo, el hombre puede vivir bienaventuradamente, si puede vivir según la parte del alma que debe dominar en el hombre. Por lo tanto, puede encontrar la verdad. O que se recoja y no desee la verdad, para que, al no poder alcanzarla, no sea necesariamente miserable. Pero eso mismo es lo bienaventurado del hombre, dijo él, buscar la verdad perfectamente: porque eso

es llegar al fin, más allá del cual no puede avanzar. Por lo tanto, quien busca la verdad menos intensamente de lo que debería, no llega al fin del hombre: pero quien se esfuerza tanto como puede y debe el hombre por encontrar la verdad, aunque no la encuentre, es bienaventurado; pues hace todo lo que para hacer fue creado. Si la invención falta, faltará lo que la naturaleza no dio. Finalmente, dado que el hombre debe ser o bienaventurado o miserable, ¿no es demente decir que es miserable aquel que día y noche se esfuerza al máximo por investigar la verdad? Por lo tanto, será bienaventurado. Además, esa definición, creo, me apoya más abundantemente: pues si es bienaventurado, como es, quien vive según la parte del alma que debe reinar sobre las demás, y esta parte se llama razón; pregunto si no vive según la razón quien busca la verdad perfectamente. Si eso es absurdo, ¿por qué dudamos en llamar bienaventurado al hombre solo por la búsqueda misma de la verdad?

#### CAPÍTULO IV.---Qué es el error.

10. Él dijo: No me parece que viva según la razón, ni que sea en absoluto bienaventurado, quienquiera que yerre. Pero yerra todo aquel que siempre busca y no encuentra. Por lo tanto, debes mostrarme una de dos cosas: o que es posible que el que yerra sea bienaventurado; o que quien nunca encuentra lo que busca, no yerra. Él respondió: No puede ser bienaventurado quien yerra. Y después de guardar silencio por mucho tiempo, dijo: No yerra cuando busca; porque busca perfectamente para no errar. Y Trygetius: Busca, dijo, para no errar; pero yerra cuando no encuentra. Sin embargo, pensaste que te sería útil que él no quiera errar, como si nadie errara involuntariamente, o como si alguien errara, salvo involuntariamente. Entonces yo, cuando él dudaba qué responder: Deben definir, les dije, qué es el error: pues más fácilmente pueden ver sus límites, en los que ya han entrado profundamente. Yo, dijo Licentius, no soy apto para definir algo: aunque definir el error es más fácil que terminarlo. Yo, dijo él, lo definiré; lo cual me es facilísimo, no por ingenio, sino por la mejor causa. Pues errar es siempre buscar, nunca encontrar. Yo, dijo Licentius, si pudiera refutar fácilmente esa definición, hace tiempo que no habría fallado a mi causa. Pero como la cosa misma es ardua por sí misma, o así me parece; les pido que la cuestión se posponga hasta mañana, si no puedo encontrar hoy nada que responder, mientras lo medito diligentemente conmigo mismo. Como pensé que debía concederse, y los demás no se opusieron, nos levantamos para pasear: y mientras conversábamos entre nosotros sobre muchas y variadas cosas, él permaneció absorto en sus pensamientos. Cuando sintió que era en vano, prefirió relajar su mente y unirse a nuestra conversación. Después, cuando ya anochecía, volvieron a la misma disputa: pero puse fin a la discusión y persuadí para que se pospusiera a otro día. Luego a los baños.

#### DISPUTA SEGUNDA.

11. Al día siguiente, cuando nos sentamos: Expongan, les dije, lo que comenzaron ayer. Entonces Licentius: Pospusimos, dijo, la disputa, si no me equivoco, a petición mía, cuando la definición del error me resultaba difícilísima. Aquí ciertamente, dije, no yerras, lo cual desearía que fuera un presagio para lo demás (Lib. 1 Retract., c. 1, n. 2). Escucha, pues, dijo, lo que ayer habría expuesto si no hubieras intervenido. El error me parece ser la aprobación de lo falso como verdadero; en el cual de ninguna manera cae quien siempre considera que la verdad debe ser buscada: pues no puede aprobar lo falso quien no aprueba nada; por lo tanto, no puede errar. Sin embargo, puede ser fácilmente bienaventurado: pues, para no ir más lejos, si nos fuera permitido vivir como ayer, no se me ocurre por qué dudaría en llamarnos bienaventurados. Vivimos con gran tranquilidad de mente, liberando el alma de toda mancha corporal, y alejados lo más posible de las llamas de las pasiones, dedicándonos, tanto como es posible para el hombre, a la razón; es decir, viviendo según esa parte divina del alma, que por definición entre nosotros ayer se acordó que es la vida bienaventurada: y, según creo, no

encontramos nada, sino que solo buscamos la verdad. Por lo tanto, solo con la búsqueda de la verdad, aunque no pueda encontrarla, puede al hombre sucederle una vida bienaventurada. Pues observa con qué facilidad tu definición es excluida por la noción común. En efecto, dijiste que errar es siempre buscar y nunca encontrar. ¿Qué si alguien no busca nada, y preguntado, por ejemplo, si ahora es de día, opina y responde temerariamente que es de noche? ¿No te parece que yerra? Por lo tanto, tu definición no abarcó este tipo de error, que es el más inmenso. ¿Qué si también abarcó a los que no yerran, puede haber una definición más defectuosa? Pues si alguien busca Alejandría, y se dirige a ella por el camino recto; no creo que puedas llamarlo errante. ¿Qué si, por diversas causas, recorre el mismo camino durante mucho tiempo y muere antes de llegar; no buscó siempre, y nunca encontró, y sin embargo no erró? Él dijo: No buscó siempre.

12. Dices bien, dijo Licentius, y bien lo recuerdas. Pues de ahí no tiene nada que ver tu definición: pues no dije que es bienaventurado quien siempre busca la verdad. Lo cual ni siquiera es posible: primero, porque el hombre no siempre existe; luego, porque desde que comienza a existir como hombre, ya puede, impedido por la edad, buscar la verdad. O si crees que siempre debe decirse, si no permite que se pierda ningún tiempo en el que ya pueda buscar; debes volver a Alejandría. Pues imagina a alguien que, desde que puede emprender el viaje, ya sea por edad o por negocio, comienza a recorrer ese camino, y, como dije antes, sin desviarse en ningún lugar, muere antes de llegar; ciertamente errarás mucho si te parece que ha errado, aunque en todo el tiempo que pudo, no dejó de buscar, ni pudo encontrar a dónde se dirigía. Por lo tanto, si mi descripción es verdadera, y según ella no yerra quien busca perfectamente, aunque no encuentre la verdad, y es bienaventurado por esa razón, porque vive según la razón; pero tu definición ha fallado, y si no hubiera fallado, no debería preocuparme por ella, si solo por lo que yo definí, la causa está suficientemente establecida: ¿por qué, te pregunto, no está aún resuelta esta cuestión entre nosotros?

#### CAPÍTULO V.---Qué es la sabiduría.

13. Aquí Trygetius: ¿Concedes, dijo, que la sabiduría es el camino recto de la vida? Lo concedo, dijo, sin duda: pero quiero que me definas la sabiduría, para saber si lo que me parece a mí, te parece a ti lo mismo. Y él: ¿Te parece poco definida con lo que ahora se te preguntó? También concediste lo que quise. Pues si no me equivoco, no se llama falsamente sabiduría al camino recto de la vida. Entonces Licentius: Nada me parece tan ridículo como esa definición, dijo. Quizás, dijo él: pero te ruego que poco a poco la razón preceda a tu risa: pues nada es más feo que una risa digna de burla. ¿Qué, dijo él, no admites que la muerte es contraria a la vida? Lo admito, dijo. Por lo tanto, me parece que no hay camino de vida más que aquel por el que uno avanza para no caer en la muerte. Trygetius estaba de acuerdo. Entonces, si un viajero evita un desvío que ha oído que está ocupado por ladrones, y sigue recto, y así escapa de la muerte; ¿no siguió el camino de la vida, y el recto; y nadie lo llama sabiduría? ¿Cómo, entonces, todo camino recto de la vida es sabiduría? Concedí que lo es, pero no solo eso. Sin embargo, la definición no debía abarcar nada que fuera ajeno. Así que, de nuevo, define, si te place, qué te parece ser la sabiduría.

14. Él guardó silencio por mucho tiempo; luego dijo: Aquí, de nuevo, defino, si nunca has decidido terminar esto. La sabiduría es el camino recto que conduce a la verdad. Esto también, dijo él, se refuta de manera similar: pues cuando en Virgilio se le dijo a Eneas por su madre: "Sigue adelante, y dirige tus pasos por donde te lleva el camino" (Eneida 1, 400), siguiendo este camino llegó a lo que se le dijo, es decir, a la verdad. Esfuérzate, si te place, en demostrar que donde él puso el pie al caminar, puede llamarse sabiduría: aunque neciamente intento romper tu descripción, pues nada más ayuda a mi causa. En efecto, dijiste que la

sabiduría no es la verdad misma, sino el camino que conduce a ella. Por lo tanto, quien usa este camino, ciertamente usa la sabiduría; y quien usa la sabiduría, necesariamente es sabio: por lo tanto, será sabio quien busque perfectamente la verdad, aunque aún no haya llegado a ella. Pues el camino que conduce a la verdad, no creo que se entienda mejor que como una diligente investigación de la verdad. Usando solo este camino, ya será sabio: pero nadie sabio es miserable; sin embargo, todo hombre es o miserable o bienaventurado: por lo tanto, no solo la invención, sino la investigación misma de la verdad, por sí sola, hará bienaventurado.

15. Entonces él, sonriendo, dijo: Con razón me suceden estas cosas, mientras confiadamente asiento al adversario en un asunto innecesario: como si yo fuera un gran definidor, o considerara algo más superfluo en la discusión. Pues, ¿qué límite habrá, si yo de nuevo quiero que definas algo, y de nuevo, fingiendo que no entiendo nada, exijo que definas las palabras de esa misma definición, y de todas las cosas consecuentes, una por una? Pues, ¿qué cosa más clara no podría exigir que se defina, si con razón se me pide la definición de la sabiduría? ¿Qué palabra quiso la naturaleza que tuviera una noción más clara en nuestras mentes que la sabiduría? Pero no sé cómo, cuando la noción misma de nuestra mente ha dejado el puerto, y ha desplegado como velas las palabras, inmediatamente surgen mil naufragios de calumnias. Por lo tanto, o no se requiera la definición de sabiduría, o nuestro juez se digne descender en su defensa. Entonces yo, cuando ya la noche impedía el uso del estilo, y veía que surgía algo grande que debía discutirse de nuevo, lo pospuse para otro día: pues comenzamos a discutir cuando el sol ya declinaba hacia el ocaso, y casi todo el día se había pasado tanto en ordenar asuntos rurales como en la revisión del primer libro de Virgilio.

#### DISPUTA TERCERA.

CAPÍTULO VI.---Se da y se impugna la definición de sabiduría. Las adivinaciones de Albicerio.

16. Luego, tan pronto como amaneció, pues así se había acordado el día anterior para que hubiera amplio ocio, inmediatamente se emprendió el asunto. Entonces yo: Ayer pediste, dije, Trygetius, que descendiera del papel de juez al de defensor de la sabiduría: como si la sabiduría permitiera que hubiera algún adversario en vuestro discurso; o como si, con alguien defendiéndola, estuviera tan en apuros que necesitara implorar mayor ayuda. Pues entre vosotros no ha surgido otra cosa que la cuestión de qué es la sabiduría; en la cual ninguno de vosotros la ataca, porque ambos la desean. Ni si crees que has fallado en definir la sabiduría, por eso debes abandonar la defensa de tu sentencia. Por lo tanto, de mí no tendrás otra cosa que la definición de sabiduría, que no es ni mía ni nueva, sino de hombres antiguos, y que me sorprende que no recordéis. Pues no la oís por primera vez, que la sabiduría es la ciencia de las cosas humanas y divinas.

17. Aquí Licentius, a quien después de esa definición pensaba que buscaría por mucho tiempo qué decir, inmediatamente respondió: ¿Por qué, entonces, no llamamos sabio, te lo ruego, al hombre más depravado, a quien bien conocemos por disolverse entre innumerables prostitutas; me refiero a Albicerio, quien durante muchos años en Cartago dio respuestas asombrosas y ciertas a quienes le consultaban? Podría enumerar innumerables cosas, si no hablara con quienes las han experimentado, y si no bastara con pocas ahora para lo que quiero. ¿No es cierto que cuando no se encontraba una cuchara en casa; por tu orden, al consultarlo, no solo dijo qué se buscaba, sino también de quién era la cosa, y dónde estaba escondida, rápida y verazmente? También en mi presencia, omito el hecho de que en lo que se le preguntaba nunca se equivocó, pero cuando el niño que llevaba las monedas había

robado una parte de ellas mientras íbamos hacia él; ordenó que se le contaran todas, y obligó al niño a devolver ante nuestros ojos lo que había robado, antes de que él mismo hubiera visto las monedas o escuchado de nosotros cuánto se le había traído.

18. ¿Qué decir de que el doctísimo y clarísimo Flaccianus, según nos dijiste, solía admirarlo? quien, habiendo hablado sobre la compra de una finca, llevó el asunto a ese divino para que, si era posible, dijera qué había hecho. Y él inmediatamente no solo pronunció el tipo de negocio, sino también, en lo que Flaccianus clamaba admirado, el nombre mismo de la finca, que era tan absurdo que apenas Flaccianus mismo lo recordaba. Ahora bien, no puedo decir sin asombro de ánimo que, cuando nuestro amigo, tu discípulo, deseando burlarse de él y exigiéndole insolentemente que dijera qué estaba pensando en silencio; respondió que estaba pensando en un verso de Virgilio. Cuando él, asombrado, no pudo negarlo, continuó preguntando cuál era el verso. Y Albicerio, que apenas había pasado alguna vez por una escuela de gramática, no dudó en cantar el verso mismo con seguridad y locuacidad. ¿Acaso las cosas humanas no eran aquellas sobre las que se le consultaba; o sin el conocimiento de las cosas divinas, dio respuestas tan ciertas y verdaderas a quienes le consultaban? Pero ambos son absurdos. Pues las cosas humanas no son otra cosa que las cosas de los hombres; como el dinero, las monedas, la finca, finalmente incluso el mismo pensamiento: y ¿quién no juzgaría correctamente que las cosas divinas son aquellas por las cuales al hombre le llega la misma adivinación? Por lo tanto, Albicerio fue sabio, si concedemos en esa definición que la sabiduría es la ciencia de las cosas humanas y divinas.

CAPÍTULO VII.---Se reivindica la definición dada de sabiduría.

19. Aquí él dijo: Primero, no llamo ciencia a aquello en lo que quien lo profesa, a veces se equivoca. Pues la ciencia no solo consta de cosas comprendidas, sino comprendidas de tal manera que nadie puede errar en ella, ni vacilar impulsado por cualquier adversidad. Por lo tanto, muy verdaderamente algunos filósofos dicen que no puede encontrarse en nadie más que en el sabio; quien no solo debe tener percibido aquello que defiende y sigue, sino también mantenerlo incommovible. Pero sabemos que aquel a quien mencionaste, muchas veces dijo cosas falsas: lo cual no solo lo supe por otros que me lo contaron, sino que alguna vez lo percibí yo mismo presente. ¿Lo llamaré entonces sabio, cuando muchas veces dijo cosas falsas; a quien no llamaría, si hubiera dicho las cosas verdaderas con vacilación? Esto lo digo de los arúspices y de los augures, y de todos aquellos que consultan los astros, y de los intérpretes de sueños. O presenten a alguien de este tipo de personas, si pueden, que consultado, nunca haya dudado de sus respuestas, nunca finalmente haya respondido cosas falsas. Pues de los vates no creo que deba preocuparme, que hablan con mente ajena.

20. Luego, aunque conceda que las cosas humanas son las cosas de los hombres, ¿crees que algo nuestro es aquello que el azar puede darnos o arrebatarnos? O cuando se dice ciencia de las cosas humanas, ¿se dice aquella por la cual alguien sabe cuántas o qué tipo de fincas tenemos; qué oro, qué plata, y finalmente qué poemas ajenos pensamos? Esa es la ciencia de las cosas humanas, que conoce la luz de la prudencia, la belleza de la templanza, la fortaleza de la valentía, la santidad de la justicia. Pues estas son las cosas que, sin temer a la fortuna, verdaderamente nos atrevemos a llamar nuestras: que si Albicerio las hubiera aprendido, nunca, créeme, habría vivido tan lujuriosamente y de manera tan deforme. Pero lo que dijo, qué verso pensaba aquel a quien se le consultaba; tampoco creo que deba contarse entre nuestras cosas: no porque niegue que las disciplinas más honestas pertenecen a una cierta posesión de nuestra mente, sino porque incluso a los más ignorantes se les permite cantar y pronunciar un verso ajeno. Y por eso, cuando tales cosas nos vienen a la memoria, no es de extrañar si pueden ser percibidas por ciertos animales de este aire, los más viles, a quienes

llaman demonios, a quienes concedo que pueden superarnos en agudeza y sutileza de sentidos, pero niego en razón; y que eso sucede de alguna manera secretísima y remotísima de nuestros sentidos. Pues no porque admiremos a la abeja que, cuando se coloca miel, vuela hacia ella con una sagacidad que supera al hombre; por eso debemos preferirla a nosotros, o al menos compararla.

21. Por lo tanto, desearía que este Albicerius, cuando alguien deseoso de aprender le preguntara, enseñara los propios versos; o que, obligado por alguno de los consultores, compusiera versos propios sobre el tema propuesto. Recuerdas que el mismo Flaccianus solía decir esto, cuando se burlaba y despreciaba con gran altura de mente ese tipo de adivinación, y lo atribuía a no sé qué alma muy baja, pues así lo decía, por la cual, como si fuera advertido o inspirado por un espíritu, solía responder estas cosas. Pues este hombre muy docto preguntaba a aquellos que admiraban tales cosas, si Albicerius podía enseñar gramática, música o geometría. ¿Quién que lo conociera no admitiría que era el más ignorante de todos estos? Por lo tanto, al final exhortaba a aquellos que habían aprendido tales cosas a que prefirieran sin duda alguna su mente a esa adivinación, y se dedicaran a instruir y apoyar su mente con estas disciplinas, con las cuales pudieran saltar y sobrevolar esa aérea naturaleza de los seres invisibles.

CAPÍTULO VIII.---¿Adivino o sabio, y qué es un sabio? Descripción de la sabiduría adaptada a la opinión de los Académicos.

22. Ahora bien, las cosas divinas, con el consentimiento de todos, son mucho mejores y más augustas que las humanas; ¿cómo podría alcanzarlas aquel que no sabía qué era él mismo? A menos que pienses que las estrellas, que contemplamos diariamente, son algo grande en comparación con el verdadero y secretísimo Dios, al que rara vez tal vez el intelecto, pero ningún sentido alcanza: sin embargo, estas están presentes ante nuestros ojos. Por lo tanto, estas no son las cosas divinas, tales como la sabiduría profesa conocer únicamente: las otras cosas que estos, no sé quiénes, adivinadores, usan para vana jactancia o lucro, son ciertamente más viles que las estrellas. Por lo tanto, Albicerius no fue partícipe de la ciencia de las cosas humanas y divinas, y en vano fue intentada por ti nuestra definición de esa manera. Finalmente, dado que debemos considerar vil y despreciar por completo cualquier cosa que no sea humana o divina, pregunto en qué cosas busca tu sabio la verdad. En las divinas, dice él: pues la virtud incluso en el hombre es sin duda divina. ¿Acaso Albicerius ya sabía estas cosas que tu sabio siempre buscará? Entonces Licentius: Él conocía las divinas, pero no aquellas que deben ser buscadas por el sabio. ¿Quién no destruiría toda costumbre de hablar, si le concede la adivinación, pero le quita las cosas divinas, de las cuales la adivinación toma su nombre? Por lo tanto, esa definición vuestra, si no me equivoco, incluyó algo que no pertenecía a la sabiduría.

23. Entonces Trygetius: Defenderá esa definición, si le place, quien la propuso. Ahora quiero que me respondas, para que finalmente lleguemos a lo que se está tratando. Aquí estoy, dijo él: ¿Concedes que Albicerius conocía la verdad? Lo concedo, dijo. Entonces es mejor que tu sabio. De ninguna manera, dijo él: pues el tipo de verdad que el sabio busca, no solo ese delirante adivino, sino ni siquiera el mismo sabio mientras vive en este cuerpo, lo alcanza: lo cual, sin embargo, es tal que es mucho más valioso buscarlo siempre que encontrarlo alguna vez. Es necesario, dijo Trygetius, que esa definición me ayude en esta dificultad. Si te pareció defectuosa porque incluyó a alguien que no podemos llamar sabio; pregunto si la aprobarías si dijéramos que la sabiduría es el conocimiento de las cosas humanas y divinas, pero de aquellas que pertenecen a la vida bienaventurada. Esa, dijo él, también es sabiduría, pero no

la única: de donde la definición anterior invadió lo ajeno, y esta abandonó lo propio: por lo cual aquella puede ser acusada de avaricia, y esta de necesidad. Pues para explicar ahora con una definición lo que siento, la sabiduría me parece ser el conocimiento de las cosas humanas y divinas que pertenecen a la vida bienaventurada, no solo conocimiento, sino también una diligente búsqueda. Si deseas dividir esta descripción, la primera parte que retiene el conocimiento es de Dios; pero esta que se contenta con la búsqueda es del hombre. Por lo tanto, Dios es bienaventurado con aquella, y el hombre con esta. Entonces él: Me sorprende, dijo, cómo afirmas que tu sabio gasta su esfuerzo en vano. ¿Cómo, dijo Licentius, gasta su esfuerzo en vano, cuando busca con tanta recompensa? Pues en el mismo hecho de buscar, es sabio; y en cuanto es sabio, es bienaventurado: cuando libera su mente de todos los envoltorios del cuerpo tanto como puede, y se recoge en sí mismo; cuando no se permite ser desgarrado por deseos, sino que se dirige siempre tranquilo hacia sí mismo y hacia Dios: para que aquí, como convenimos entre nosotros que es ser bienaventurado, disfrute de la razón; y al final del día de la vida se encuentre preparado para alcanzar lo que deseó; y merecidamente disfrute de la bienaventuranza divina, quien antes haya disfrutado de la humana.

#### CAPÍTULO IX.---Epílogo.

24. Entonces yo, cuando Trygetius buscaba durante mucho tiempo qué responder: No creo, dije, Licentius, que a este le falten argumentos, si le permitimos buscar tranquilamente: ¿qué le ha faltado en cualquier lugar para responder? Pues primero él mismo introdujo, ya que surgió la cuestión de la vida bienaventurada, y es necesario que solo el sabio sea bienaventurado, si la necesidad es miserable incluso en el juicio de los necios; que el sabio debe ser perfecto, pero no es perfecto quien aún busca qué es la verdad; de donde tampoco es bienaventurado. Cuando tú le oponías el peso de la autoridad, algo perturbado por el nombre de Cicerón, sin embargo, se levantó de inmediato, y con una cierta generosa contumacia saltó a la cima de la libertad, y nuevamente agarró lo que le había sido violentamente arrebatado: te preguntó si te parecía perfecto quien aún buscaba; para que si admitías que no era perfecto, volviera al principio, y demostrara, si pudiera, por esa definición, que el hombre que gobierna su vida según la ley de la mente es perfecto: y por lo tanto, que no puede ser bienaventurado si no es perfecto. De este lazo te liberaste más cautamente de lo que pensaba, y decías que el hombre perfecto es el investigador más diligente de la verdad; y con esa misma definición, por la cual habíamos dicho que la vida bienaventurada era aquella que se llevaba según la razón, luchaste más confiadamente y abiertamente; él te respondió claramente: pues ocupó tu defensa, de donde habrías perdido por completo la suma de las cosas, si no te hubieran restaurado las treguas. Pues ¿dónde han colocado los Académicos su fortaleza, cuya opinión defiendes, sino en la definición del error? La cual, a menos que tal vez de noche en sueños te volviera a la mente, ya no tenías qué responder, cuando en la exposición de la opinión de Cicerón tú mismo lo habías mencionado antes. Luego se llegó a la definición de sabiduría, que cuando intentabas socavar con tanta astucia, que tal vez ni siquiera tu ayudante Albicerius comprendiera tus engaños; ¿con qué vigilancia, con qué fuerzas te resistió? ¿cómo casi te envolvió y deprimió; si al final no te hubieras protegido con tu nueva definición, y hubieras dicho que la sabiduría humana es la búsqueda de la verdad, de la cual, por la tranquilidad del alma, se alcanza la vida bienaventurada? A esta sentencia no responderá, especialmente si en la prórroga del día o en la parte que queda, pide que se le conceda la gracia.

25. Pero para no alargarnos, ya, si te parece, que se cierre este discurso, en el cual considero incluso superfluo detenernos. Pues el asunto ha sido tratado suficientemente para el negocio emprendido; que podría haberse terminado con muy pocas palabras, si no quisiera ejercitaros, y explorar vuestras fuerzas y estudios, lo cual me importa mucho, ya que había comenzado a

exhortaros intensamente a buscar la verdad, había comenzado a preguntar cuánto valor le poníais: todos habéis puesto tanto, que no deseo más. Pues como deseamos ser bienaventurados, ya sea que eso no pueda suceder sin encontrar, o no sin buscar diligentemente la verdad; dejando de lado todas las demás cosas, si queremos ser bienaventurados, debemos buscarla. Por lo tanto, ya, como dije, terminemos esta discusión, y pongámosla por escrito, Licentius, principalmente para tu padre, cuyo ánimo hacia la filosofía ya tengo completamente. Pero aún busco la fortuna que lo admita. Sin embargo, podrá encenderse más intensamente en estos estudios, cuando sepa que tú mismo ya estás dedicado a vivir así conmigo, no solo escuchando, sino también leyendo estas cosas. Y si, como siento, te agradan los Académicos, prepárate con fuerzas más poderosas para defenderlos; pues he decidido citarlos como acusados. Cuando se dijeron estas cosas, se anunció que el almuerzo estaba preparado, y nos levantamos.

LIBRO SEGUNDO. A su mecenas Romanianus lo exhorta nuevamente a abrazar la filosofía con una muestra de gratitud, y le describe tres Coloquios, en el primero de los cuales se explican las doctrinas de los Académicos. En el segundo se refieren las diferencias entre la nueva y la antigua Academia; y se rechaza la opinión de aquellos filósofos que, aunque pensaban que la verdad no podía ser descubierta, profesaban seguir lo verosímil. En el tercero se dice qué llamaban ellos verosímil o probable.

CAPÍTULO PRIMERO.---Contra las razones de los Académicos se necesita la ayuda de Dios.

1. Si fuera tan necesario que el sabio no pudiera estar vacío de disciplina y ciencia de la sabiduría, como lo es encontrarla mientras se busca; ciertamente toda la calumnia, pertinacia, obstinación, o, como a veces pienso, la razón adecuada a ese tiempo de los Académicos, habría sido sepultada junto con el mismo tiempo, y con los cuerpos de Carneades y Cicerón. Pero porque ya sea por las muchas y variadas agitaciones de esta vida, Romanianus, como te pruebas en la misma, ya sea por una especie de estupor de los ingenios, o por la pereza o lentitud de los que se adormecen, o por la desesperación de encontrar; porque no surge tan fácilmente a las mentes el astro de la sabiduría como esta luz a los ojos; o también por el error que es común a todos los pueblos, la falsa opinión de haber encontrado la verdad, ni buscan diligentemente los hombres, si es que buscan, y se apartan de la voluntad de buscar; sucede que la ciencia rara vez y a pocos se concede: y por eso, las armas de los Académicos, cuando se llega a las manos con ellos, parecen invictas y casi vulcanianas no a hombres mediocres, sino a agudos y bien instruidos. Por lo tanto, contra esas olas y tempestades de la fortuna, es necesario oponerse tanto con los remos de cualesquiera virtudes, como sobre todo implorar con toda devoción y piedad la ayuda divina; para que la intención más constante de los buenos estudios mantenga su curso, del cual ningún caso la desvíe, para que el puerto más seguro y agradable de la filosofía la reciba. Esta es tu primera causa; de aquí te temo, de aquí deseo liberarte, de aquí, si soy digno de obtenerlo, no ceso de orar diariamente por vientos favorables para ti; oro, sin embargo, a la misma Virtud y Sabiduría del sumo Dios. Pues ¿qué es otro, a quien los misterios nos transmiten como Hijo de Dios?

2. Me ayudarás mucho al interceder por ti, si no desesperas de que seamos escuchados, y te esfuerzas con nosotros no solo con votos, sino también con voluntad, y con esa tu natural altura de mente, por la cual te busco, de la cual me deleito singularmente, que siempre admiro, que en ti, ¡oh desgracia!, se envuelve como un rayo en esas nubes de asuntos domésticos, y muchos, y casi todos, la ignoran: pero a mí, y a otro, o a un tercero, tus más íntimos, no puede ocultarse, quienes no solo hemos escuchado atentamente tus murmullos, sino que también hemos visto algunos relámpagos más cercanos a los rayos. Pues ¿quién,

para no mencionar otras cosas por el momento y recordar una sola; quién, digo, ha tronado alguna vez tan repentinamente, y ha brillado tanto con la luz de la mente, que bajo un solo murmullo de razón, y un cierto resplandor de templanza, en un solo día aquella furiosa lujuria del día anterior muriera completamente? ¿Acaso no estallará alguna vez esa virtud, y convertirá en horror y asombro la risa de muchos desesperados; y habiendo hablado en la tierra como ciertos signos de lo futuro, volverá a correr al cielo arrojando de nuevo la carga de todo el cuerpo? ¿Acaso dijo en vano Agustín estas cosas de Romanianus? No lo permitirá aquel a quien me he entregado por completo, a quien ahora he comenzado a reconocer un poco.

## CAPÍTULO II.---Muestra gratitud a Romanianus y lo exhorta a la filosofía.

3. Por lo tanto, emprende conmigo la filosofía: esto es lo que a menudo te mueve de manera admirable, y te hace dudar. Pues no temo ni por la pereza de tus costumbres, ni por la lentitud de tu ingenio. ¿Quién, cuando se te ha permitido respirar un poco, ha aparecido más vigilante en nuestras conversaciones? ¿Quién más agudo? ¿Acaso no te devolveré la gratitud? ¿O tal vez debo un poco? Tú me acogiste, joven y pobre, cuando iba a estudios extranjeros, con casa y sustento, y, lo que es más, con ánimo. Tú me consolaste con amistad cuando quedé huérfano de padre, me animaste con exhortación, me ayudaste con recursos. Tú, en nuestro mismo municipio, con favor, familiaridad, y compartiendo tu casa, casi me hiciste ilustre y principal contigo. Tú, cuando regresaba a Cartago por la gracia de una profesión más ilustre, aunque solo a ti y a ninguno de los míos había revelado mi plan y esperanza, aunque vacilaste un poco por ese amor innato a la patria, porque ya enseñaba allí, sin embargo, cuando no pudiste vencer el deseo del joven que se dirigía a lo que parecía mejor; de dehortador te convertiste en ayudante con admirable moderación de benevolencia. Tú proporcionaste todos los necesarios para mi viaje. Tú, allí mismo, que habías cuidado las cunas, y casi el nido de mis estudios, ya sostenías los primeros vuelos del que se atrevía a volar. Tú incluso cuando navegué sin tu conocimiento y presencia, sin resentimiento porque no había compartido contigo como solía, y sospechando cualquier cosa menos contumacia, permaneciste inquebrantable en la amistad; ni más ante tus ojos los hijos abandonados por el maestro, que la pureza de nuestros interiores y la sinceridad de nuestra mente se movieron.

4. Finalmente, cualquier cosa que ahora disfruto de mi ocio; que he volado de las cadenas de las superfluas ambiciones, que he dejado las cargas de las preocupaciones muertas, respiro, recobro el sentido, regreso a mí mismo; que busco con la mayor intensidad la verdad, que ya comienzo a encontrarla, que confío en que llegaré al mismo sumo grado; tú me animaste, tú me impulsaste, tú lo hiciste. ¿De quién fuiste ministro, más aún he concebido por fe que comprendido por razón? Pues cuando presente te expuse mis movimientos interiores del alma, y con gran frecuencia y vehemencia afirmaba que ninguna fortuna me parecía próspera, sino la que diera ocio para filosofar; ninguna vida bienaventurada, sino la que se viviera en filosofía: pero que estaba frenado por el gran peso de los míos, de cuya función dependía mi vida, y por muchas necesidades, ya sea de mi vana vergüenza, o de la miserable ineptitud de los míos: te elevaste con tan gran alegría, inflamado por el santo ardor de esta vida, que dijiste que si de alguna manera te liberaras de las cadenas de esos litigios importunos, romperías todas mis cadenas incluso con la participación de tu patrimonio.

5. Por lo tanto, cuando te retiraste habiéndonos encendido, nunca dejamos de anhelar la filosofía, y esa vida que entre nosotros agradó y convenimos, absolutamente no pensar en otra cosa: y aunque lo hacíamos con constancia, lo hacíamos menos intensamente; sin embargo, pensábamos que hacíamos lo suficiente. Y como aún no estaba presente esa llama que nos iba a arrebatarnos por completo; aquella con la que ardíamos lentamente, pensábamos que era la

mayor. Cuando he aquí que ciertos libros llenos, como dice Celsinus, de buenas cosas arábicas, cuando exhalaban en nosotros, cuando aquellas llamitas instilaron unas pocas gotas de un ungüento preciosísimo; increíble, Romanianus, increíble, y más allá de lo que tal vez tú creas de mí; ¿qué más diré? incluso para mí mismo sobre mí mismo, un incendio tan grande suscitaron. ¿Qué honor entonces me movía, qué pompa de hombres, qué deseo vano de fama, qué finalmente fomentaba y retenía de esta vida mortal me conmovía? Completamente regresaba apresuradamente a mí mismo. Solo miré atrás, lo confieso, como desde el camino hacia aquella religión que se nos inculcó de niños, y profundamente implicada: pero la verdad misma me atraía sin que yo lo supiera. Por lo tanto, tambaleante, apresurado, vacilante, tomo al apóstol Pablo. Pues estos, digo, no podrían haber hecho tanto, ni haber vivido como está claro que vivieron, si sus Escrituras y razones se opusieran a este tan gran bien. Léí todo con la mayor atención y cautela.

6. Entonces, verdaderamente, con cualquier pequeña luz ya esparcida, se me reveló tal rostro de la filosofía, que no te lo diré a ti, que siempre has ardido con hambre de ella desconocida, sino que si hubiera podido mostrarla a tu adversario, de quien no sé si te ejercitas más que te impide; ciertamente él, arrojando y dejando las terms, los huertos amenos, los banquetes delicados y brillantes, los actores domésticos, finalmente cualquier cosa que lo conmueva intensamente hacia cualquier delicias, como un amante blando y santo, admirando, anhelando, ardiendo, volaría hacia su belleza. Pues él también tiene, lo que debe confesarse, una cierta gracia del alma, o más bien una semilla de gracia, que esforzándose por brotar en verdadera belleza, crece tortuosamente y deforme entre las asperezas de los vicios, y entre los matorrales de opiniones engañosas: sin embargo, no cesa de crecer, y a pocos que miran aguda y diligentemente en lo denso, se permite sobresalir tanto como se le permite. De ahí proviene aquella hospitalidad, de ahí en los banquetes muchos condimentos de humanidad, de ahí la misma elegancia, brillo, la más limpia apariencia de todas las cosas, y por todas partes una urbanidad que perfunde todo con una belleza sombreada.

CAPÍTULO III.---Filocalia y Filosofía. Vuelve a encender a Romanianus hacia la filosofía.

7. Esta obra se llama comúnmente Filocalia: no desprecies este nombre por ser común, pues filocalia y filosofía son casi homónimas y, como si fueran gentiles, desean parecerse entre sí, y lo son. ¿Qué es la filosofía? Amor a la sabiduría. ¿Qué es la filocalia? Amor a la belleza. Pregunta a los griegos. ¿Qué es entonces la sabiduría? ¿No es acaso la verdadera belleza? Por lo tanto, estas son hermanas genuinas, engendradas por el mismo padre (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 3): pero aquella, arrancada de su cielo por el lazo de la lujuria y encerrada en una jaula popular, retuvo sin embargo la vecindad del nombre, para advertir al cazador que no la desprecie. Así, esta, sin alas, sucia y necesitada, es reconocida a menudo por su hermana que vuela libremente, pero rara vez es liberada: pues esta filocalia no reconoce de dónde proviene su linaje, a menos que sea por la filosofía. Toda esta fábula (pues de repente me he convertido en Esopo) te la indicará Licencio con un poema más dulce: pues es casi un poeta perfecto. Entonces, si él pudiera contemplar la verdadera belleza, de la cual es amante de la falsa, con los ojos sanados y un poco descubiertos, ¿con cuánta alegría se envolvería en el regazo de la filosofía? ¿Cómo te abrazaría allí, conocido como un verdadero hermano? Te maravillas de esto, y quizás te ríes. ¿Qué si explicara esto como quería? ¿Qué si al menos la voz, si aún no puedes ver el rostro, pudiera ser escuchada de la misma filosofía? Te maravillarías ciertamente; pero no te reirías, no desesperarías. Créeme, no se debe desesperar de nadie, y menos de tales personas. Hay ejemplos; este tipo de aves escapa fácilmente, vuela fácilmente de nuevo, con muchos encerrados y muchos maravillándose.

8. Pero volvamos a nosotros, digo, Romaniano, filosofemos: te agradeceré, tu hijo ha comenzado ya a filosofar: yo lo freno, para que, cultivado primero por las disciplinas necesarias, se levante más vigoroso y firme, de las cuales, si bien te conozco, no temas ser ajeno, solo deseo para ti aires libres. ¿Qué puedo decir de tu talento? ¡Ojalá no fuera tan raro en los hombres como es seguro en ti! Quedan dos vicios, y obstáculos para encontrar la verdad, de los cuales no temo mucho por ti; sin embargo, temo que te desprecies a ti mismo, y desesperes de encontrarla, o al menos que creas haberla encontrado. El primero, si está presente, tal vez esta discusión te lo quite. Pues a menudo te has enojado con los Académicos, tanto más gravemente cuanto menos instruido estabas; pero tanto más gustosamente, cuanto que eras atraído por el amor a la verdad. Así que ya con Alipio, con tu apoyo, lucharé, y fácilmente te persuadiré de lo que quiero, aunque de manera probable. Pues no verás la verdad misma, a menos que entres completamente en la filosofía. Pero lo otro, que tal vez presumes haber encontrado algo, aunque ya te hayas ido de nosotros buscando y dudando, sin embargo, si alguna superstición ha vuelto a tu mente, ciertamente será expulsada, ya sea cuando te envíe alguna discusión sobre religión entre nosotros, o cuando en persona te haya hablado mucho.

9. Pues ahora no hago otra cosa que purgarme a mí mismo de opiniones vanas y perniciosas. Por lo tanto, no dudo que estoy mejor que tú. Solo hay una cosa por la que envidio tu fortuna, que disfrutas solo de mi Luciliano: ¿o también tú envidias porque dije, mío? Pero, ¿qué dije sino tuyo, y de todos los que somos uno? Sin embargo, para que alivies mi deseo, ¿qué te pido? Ruega tú mismo por mí tanto como sabes que debes. Pero ahora les digo a ambos, cuídense de no creer que saben algo, a menos que lo hayan aprendido, al menos como saben que uno, dos, tres, cuatro sumados hacen diez. Pero también cuídense de no creer que en la filosofía la verdad no puede ser conocida, o que de ninguna manera puede ser conocida. Pues créanme, o más bien a aquel que dijo, Buscad y hallaréis (Mat. VII, 7), que no se debe desesperar del conocimiento, y que será más manifiesto que esos números. Ahora vayamos al propósito. Pues ya tarde comencé a temer que este principio excediera el límite, y no es leve. Pues el límite es sin duda divino: pero si me engañó cuando dulcemente me condujo, seré más cauteloso cuando sea sabio.

## DISPUTA PRIMERA.

CAPÍTULO IV.---Se repiten las disputas del libro anterior.

10. Después del discurso anterior, que incluimos en el primer libro, estuvimos ociosos de discutir durante casi siete días, mientras revisábamos solo tres libros de Virgilio después del primero, y tratábamos, como parecía oportuno en el momento. Sin embargo, en esta obra, Licencio se inflamó tanto en el estudio de la poesía, que me pareció que debía ser moderado un poco. Pues ya no quería ser llamado a ninguna otra cosa desde esta intención. Sin embargo, finalmente, para reconsiderar la cuestión que habíamos pospuesto sobre los Académicos, cuando yo, en la medida de lo posible, alababa la luz de la filosofía, no se acercó de mala gana: y por casualidad el día brillaba tan sereno, que parecía más adecuado para serenarnos los ánimos. Así que, más temprano de lo habitual, dejamos las camas, y pasamos un poco de tiempo con los campesinos, lo que el tiempo urgía. Entonces Alipio dijo: Antes de escucharlos discutir sobre los Académicos, quiero que se me lea ese discurso suyo que dicen haber completado en mi ausencia: pues no puedo de otra manera, ya que de ahí nació la ocasión de esta discusión, al escucharlos no errar, o al menos no esforzarme. Cuando esto se hizo, y vimos que casi todo el tiempo de la mañana se había consumido en ello; decidimos regresar del campo, que nos había recibido paseando, a casa. Y Licencio dijo: Te ruego, antes del almuerzo, que no te niegues a exponerme brevemente toda la opinión de los

Académicos, para que no me pase nada en ella que sea de mi parte. Lo haré, dije, y con más gusto porque pensando en esto, tal vez almuerces poco. No, dijo él, estás seguro de eso: pues he notado que muchos, y especialmente mi padre, son más glotones cuanto más llenos de preocupaciones están. Además, tú también, cuando piensas en esos versos, no has experimentado que mi mente esté libre de preocupaciones en la mesa. Lo cual me suelo maravillar en mí mismo: ¿qué significa que entonces deseamos más la comida cuando dirigimos la mente a otra cosa? ¿O qué es lo que hace que, con nuestras manos y dientes ocupados, nuestra mente se vuelva imperiosa? Escucha más bien, dije, sobre los Académicos lo que pediste, para que no te deje, mientras vuelves esos versos, no solo en banquetes sin medida, sino también en cuestiones. Pero si oculto algo de mi parte, Alipio lo revelará. Necesito tu buena fe, dijo Alipio: pues si hay que temer que ocultes algo, creo que difícilmente podría ser descubierto por mí, de quien nadie que me conozca ignora que aprendí estas cosas, especialmente cuando al revelar la verdad no estarás consultando más por la victoria que por tu propio ánimo.

## CAPÍTULO V.---Las doctrinas de los Académicos.

11. Hablaré, dije, con buena fe, ya que lo exiges por derecho. Pues a los Académicos les pareció que el hombre no puede alcanzar el conocimiento de aquellas cosas que pertenecen a la filosofía; pues de las demás cosas, Carneades decía que no se preocupaba; y sin embargo, el hombre puede ser sabio, y todo el deber del sabio, como también tú, Licencio, lo expusiste en ese discurso, se explica en la búsqueda de la verdad. De lo cual se concluye que el sabio no debe asentir a ninguna cosa: pues necesariamente erraría, lo cual es un pecado para el sabio, si asiente a cosas inciertas. Y no solo decían que todo es incierto, sino que también lo afirmaban con razones muy abundantes. Pero que la verdad no puede ser comprendida, parecía que lo habían tomado de aquella definición del estoico Zenón, quien dijo que se puede percibir la verdad que está tan impresa en el alma de aquello de donde es, que no puede ser de aquello de donde no es. Lo cual se dice más brevemente y claramente así, que la verdad puede ser comprendida por estos signos, que no puede tener lo que es falso. Esto, afirmaban con gran vehemencia, no puede encontrarse. De ahí las disensiones de los filósofos, de ahí las falacias de los sentidos, de ahí los sueños y las locuras, de ahí el pseudomeno y el sorites que florecieron en defensa de esa causa. Y cuando habían recibido del mismo Zenón que nada es más vergonzoso que opinar, concluyeron muy hábilmente que si nada puede ser percibido, y la opinión es la más vergonzosa, el sabio nunca aprobaría nada.

12. De aquí se levantó una gran envidia contra ellos: pues parecía ser consecuente que no haría nada quien no aprobara nada. Por lo cual los Académicos parecían describir a su sabio como siempre durmiendo y desertor de todos los deberes, a quien consideraban que no aprobaba nada. Aquí ellos, introduciendo algo probable, que también llamaban verosímil, afirmaban que de ninguna manera el sabio cesaría de los deberes, ya que tenía algo que seguir; pero la verdad, ya sea por ciertas tinieblas de la naturaleza, o por la similitud de las cosas, o bien oculta, o bien confundida, permanecía escondida. Aunque también decían que esa misma refrenación y casi suspensión de la asensión era una gran acción del sabio. Me parece que he expuesto brevemente todo, como querías, y que no me he apartado de tu prescripción, Alipio: es decir, que he actuado, como se dice, de buena fe. Pues si algo he dicho de manera diferente a como es, o tal vez no lo he dicho; nada ha sido hecho por mi voluntad. Por lo tanto, la buena fe es, según mi opinión. Pues el hombre debe parecerle falso al hombre que debe ser enseñado, y engañoso al que debe ser evitado: de los cuales el primero requiere un buen maestro, el segundo un discípulo cauteloso.

13. Entonces Alipio dijo: Estoy agradecido, ya que tanto a Licencio le has satisfecho, como a mí me has aliviado de la carga impuesta. Pues no era más temible para ti que algo se dijera menos de lo que es para explorarme (pues de otro modo, ¿cómo podría ser?), que para mí, si en algo hubiera sido necesario que te traicionaras. Por lo cual harás bien en no molestarte en exponer lo que falta, no tanto para la pregunta, como para el mismo preguntante, sobre la diferencia entre la nueva y la vieja Academia. Confieso, dije, que me molesta. Por lo cual me harás un favor (pues no puedo negar que lo que mencionas es muy relevante para el asunto), si, mientras descanso un poco, te tomas la molestia de distinguir estos nombres y de abrir la causa de la nueva Academia. Creería, dijo, que también te he querido apartar del almuerzo, si no pensara que hace tiempo que te ha asustado más Licencio, y su petición nos ha prescrito de tal manera que se le exponga antes del almuerzo cualquier cosa de esta complicación. Y cuando se disponía a decir lo demás, nuestra madre (pues ya estábamos en casa) comenzó a empujarnos al almuerzo de tal manera que no había lugar para hablar.

## DISPUTA SEGUNDA.

### CAPÍTULO VI.---La división entre la nueva y la vieja Academia.

14. Luego, cuando habíamos tomado solo la cantidad de alimentos suficiente para calmar el hambre; al regresar al prado, Alipio dijo: Me someteré a tu juicio, y no me atreveré a negarme. Pues si no se me escapa nada, felicitaré tanto a tu doctrina como a mi memoria. Pero si en algo me equivoco, te encargarás de que no tema en adelante tal delegación. Creo que la división de la nueva Academia no se concibió tanto contra la vieja, como contra los estoicos. Y en verdad no debe considerarse una división, ya que era necesario que la nueva cuestión introducida por Zenón fuera resuelta y discutida. Pues sobre la no percepción, aunque no fue agitada por conflictos, sin embargo, se consideró que habitaba en las mentes de los viejos Académicos. Lo cual es fácil de probar con la autoridad del mismo Sócrates, Platón y otros grandes filósofos, quienes creyeron que podían defenderse del error si no se entregaban temerariamente a la asensión: aunque no introdujeron una discusión propia sobre este asunto en sus escuelas, ni alguna vez buscaron claramente si la verdad puede ser percibida o no. Cuando Zenón introdujo esto de manera cruda y nueva, y sostenía que nada podía ser percibido a menos que fuera verdadero de tal manera que pudiera distinguirse de lo falso por signos diferentes, y que el sabio no debía caer en la opinión, y Arcesilao lo escuchó; negó que algo así pudiera ser encontrado por el hombre, ni que la vida del sabio debía ser confiada al naufragio de la opinión. Por lo cual también concluyó que no debía asentir a ninguna cosa.

15. Pero como la cosa estaba así, que la vieja Academia parecía más aumentada que atacada; surgió Antíoco, discípulo de Filón, quien, como algunos pensaron, más deseoso de gloria que de verdad, llevó a la enemistad las opiniones de ambas Academias. Pues decía que los nuevos Académicos intentaban introducir algo insólito y alejado de la opinión de los antiguos. En esta cuestión invocaba la fe de los antiguos físicos y otros grandes filósofos; también atacaba a los mismos Académicos, quienes sostenían que seguían lo verosímil, mientras confesaban ignorar la verdad misma. Había reunido muchos argumentos, de los cuales ahora creo que debemos abstenernos: sin embargo, no defendía nada más que el sabio puede percibir la verdad. Creo que esta fue la controversia entre los nuevos y los viejos Académicos. Si esto no es así, para que informes plenamente a Licencio, lo pediré por ambos. Pero si es así, como pude decir, continúen la disputa emprendida.

### CAPÍTULO VII.---Contra los Académicos.

16. Entonces yo dije: ¿Cuánto tiempo, Licencio, te mantienes en este nuestro discurso más largo de lo que pensaba? ¿Has escuchado quiénes son tus Académicos? Pero él, sonriendo con vergüenza, y algo más turbado por esta interpelación, dijo: Me arrepiento, dijo, de haber afirmado tanto contra Trigetio que la vida feliz consiste en la búsqueda de la verdad. Pues esta cuestión me perturba tanto que apenas no soy miserable, quien ciertamente, si tienen algo de humanidad, les parezco digno de compasión. Pero, ¿por qué me torturo a mí mismo tan neciamente? ¿O por qué me horroriza estando apoyado en tan buena causa? No cederé a menos que sea a la verdad. ¿Te agradan, dije, los nuevos Académicos? Mucho, dijo. Entonces, ¿te parece que dicen la verdad? Entonces él, cuando ya iba a asentir, siendo más cauteloso por la sonrisa de Alipio, dudó un poco. Y luego dijo: Repite, dijo, la pregunta. ¿Te parece, dije, que los Académicos dicen la verdad? Y de nuevo, cuando guardó silencio por un tiempo, dijo: No sé si es verdad; sin embargo, es probable. Pues no veo más que seguir. ¿Sabes, dije, que lo probable también es llamado verosímil por ellos? Así parece, dijo. Entonces, dije, la opinión de los Académicos es verosímil. Así es, dijo. Ahora, por favor, presta más atención. Si alguien afirmara que tu hermano se parece a tu padre, y no conociera a tu padre; ¿no te parecería loco o necio? Y aquí guardó silencio por mucho tiempo. Luego dijo: No me parece absurdo.

17. A lo cual, cuando comencé a responder; Espera, dijo, por favor, un poco. Y después, sonriendo, Dime, dijo, te lo ruego, ¿estás ya seguro de tu victoria? Entonces yo: Hazme, dije, seguro: sin embargo, no por eso debes abandonar tu causa, especialmente cuando esta discusión entre nosotros ha sido emprendida para ejercitarte, y para provocar tu mente a pulirse. ¿Acaso, dijo, he leído a los Académicos, o he sido instruido en tantas disciplinas con las que vienes preparado contra mí? Los Académicos, dije, tampoco los habían leído aquellos de quienes primero se defendió esta opinión. Pero si te falta erudición y abundancia de disciplinas, sin embargo, tu ingenio no debe ser tan débil que sucumbas con tan pocas palabras y preguntas mías. Pues ya temo que Alipio te suceda más pronto de lo que quiero, con lo cual no caminaré tan seguro como adversario. Entonces, ojalá, dijo él, ya sea vencido, para que alguna vez los escuche discutiendo, y lo que es más, los vea; espectáculo que nada puede ser más feliz para mí. Pues ya que les ha parecido verter estas cosas, más bien que derramarlas; si las recogen con la pluma, no las dejan caer al suelo, como se dice; también será posible leerlas: pero no sé cómo, cuando se acercan a los ojos los mismos que se cortan entre el discurso; una buena discusión, si no más útil, al menos llena de alegría, inunda el alma.

18. Lo agradecemos, dije: pero estas alegrías repentinas tuyas han hecho que esa sentencia se evada temerariamente, en la que dijiste que ningún espectáculo puede ser más feliz para ti. Pues, ¿qué si ves a tu padre, quien ciertamente nadie beberá la filosofía después de tan larga sed con más ardor, buscándola y discutiéndola con nosotros; cuando yo nunca me consideraré más afortunado, qué te conviene sentir y decir entonces? Aquí él lloró un poco, y cuando pudo hablar, extendiendo la mano al cielo: ¿Y cuándo, dijo, Dios, veré esto? pero no hay nada que desesperar de ti. Aquí, cuando casi todos comenzamos a ser llevados de la intención de la discusión a las lágrimas, luchando conmigo mismo, y apenas recogíendome: Vamos más bien, dije, y vuelve a tus fuerzas; las cuales, para que las reunieras de donde pudieras, te advertí mucho antes, siendo el futuro defensor de la Academia: no creo que sea para que ahora antes de la trompeta el temblor ocupe tus miembros (Eneida, lib. 11, v. 424); o para que, deseando ver una batalla ajena, tan pronto desees ser cautivo. Aquí Trigetio, cuando observó que nuestros rostros ya estaban serenos: ¿Por qué no desea, dijo, un hombre tan santo, que Dios le haya concedido esto antes de sus votos? Cree ya, Licencio; pues quien no encuentra qué responder, y aún desea ser vencido, me parece de poca fe. Sonreímos.

Entonces Licencio dijo: Habla feliz, dijo, no encontrando la verdad, pero ciertamente, no buscándola.

19. Con cuánta alegría de los jóvenes nos sentimos más felices; Atiende, digo, la petición, y vuelve al camino más firme y fuerte, si puedes. Aquí estoy, dice, tanto como puedo. ¿Qué pasa si ese visitante de mi hermano, al saber por la fama que es similar al padre, puede estar loco o ser tonto si lo cree? ¿Puede al menos ser llamado tonto?, digo. No inmediatamente, dice, a menos que insista en saberlo. Porque si sigue lo que la fama frecuente ha proclamado como probable, no puede ser acusado de temeridad. Entonces yo: Consideremos un momento el asunto mismo, y pongámoslo ante nuestros ojos. He aquí que hacemos presente a ese hombre que describimos: llega de algún lugar tu hermano; allí este hombre: ¿De quién es hijo este niño? Se responde: De un tal Romaniano. Y este: ¡Cuán parecido es al padre! ¡Cuán no en vano la fama me lo había traído! Aquí tú, o cualquier otro: ¿Conoces a Romaniano, buen hombre? No lo conozco, dice: sin embargo, me parece similar a él. ¿Podrá alguien contener la risa? De ninguna manera, dice. Entonces, digo, ves lo que sigue. Hace tiempo, dice, lo veo. Pero sin embargo, quiero escuchar esa conclusión de ti: porque debes comenzar a alimentar a quien has capturado. ¿Por qué no, digo, concluiré? La misma cosa clama que tus Académicos deben ser igualmente ridiculizados, quienes dicen seguir en la vida la semejanza de la verdad, cuando ignoran qué es la misma verdad.

#### CAPÍTULO VIII.---La burla de los Académicos.

20. Entonces Trygetius: Me parece, dice, que la cautela de los Académicos es muy diferente de la ineptitud de este que has descrito. Porque ellos alcanzan con razones lo que dicen ser verosímil: pero este inepto siguió la fama, cuya autoridad no es más vil. Como si, digo, no fuera más inepto, si dijera: No conozco en absoluto a su padre, ni he sabido por la fama cuán similar es al padre, y sin embargo me parece similar. Más inepto ciertamente, dice. ¿Pero a dónde va esto? Porque tales, digo, son los que dicen: No conocemos la verdad; pero esto que vemos es similar a lo que no conocemos. Ellos dicen que es probable, dice. A lo que yo: ¿Cómo dices eso? ¿O niegas que ellos dicen que es verosímil? Y él dice: Yo quise decir eso para excluir esa similitud. Porque me parecía que la fama había irrumpido indebidamente en vuestra cuestión, cuando los Académicos ni siquiera creen en los ojos humanos, mucho menos en la fama con mil ojos, como fingen los poetas, pero con luces monstruosas. Pues, ¿quién soy yo para ser defensor de la Academia? ¿O en esta cuestión envidiáis mi seguridad? Aquí tienes a Alypius, cuya llegada, os ruego, nos dé un descanso, a quien ya hace tiempo creemos que no temes en vano.

21. Entonces, hecho el silencio, ambos dirigieron sus ojos a Alypius. Entonces él: Desearía, dice, en la medida en que mis fuerzas lo permiten, ayudar en alguna medida a vuestras partes, si no fuera porque vuestro presagio me aterra. Pero esta aprensión, si no me engaña la esperanza, la disiparé fácilmente. Pues al mismo tiempo me consuela que el presente oponente de los Académicos casi ha asumido la carga de Trygetius vencido, y ahora es probable por vuestra confesión que él es el vencedor. Más temo, sin embargo, que no pueda evitar la negligencia del deber abandonado y la imprudencia del asumido, pues no creo que hayáis olvidado que se me confió el papel de juez. Aquí Trygetius: Eso, dice, es otra cosa, pero esto es otra; por lo cual te rogamos que te permitas ser privado alguna vez. No me negaré, dice; no sea que, deseando evitar la imprudencia o la negligencia, caiga en las trampas del orgullo, que es el vicio más monstruoso, si retengo el honor que me habéis concedido más tiempo del que permitís.

CAPÍTULO IX.---Sobre la opinión de los Académicos, en adelante se debe discutir seriamente.

22. Por lo tanto, quisiera que me expusieras, buen acusador de los Académicos, tu oficio; es decir, en defensa de quiénes los atacas. Temo, pues, que al refutar a los Académicos, quieras probarte Académico. Sabes bien, digo, que hay dos tipos de acusadores: pues no porque Cicerón haya dicho con gran modestia que era acusador de Verres, siendo defensor de los sicilianos (Cicerón en Verrem, acción 1), es necesario que quien acusa a alguien tenga a otro a quien defender. Y él: ¿Tienes al menos algo en lo que tu opinión ya esté firmemente establecida? Es fácil, digo, responder a esta pregunta, especialmente para mí, que no es repentina: ya he tratado todo esto conmigo mismo, y lo he reflexionado mucho y durante mucho tiempo. Por lo tanto, escucha, Alypius, lo que, como creo, ya sabes muy bien: no quiero que esta discusión se haya emprendido por el mero hecho de discutir; basta con que hayamos jugado con estos jóvenes, donde la filosofía ha bromeado con nosotros con gusto. Por lo tanto, apartemos de nuestras manos las fábulas infantiles. Se trata de nuestra vida, de nuestras costumbres, de nuestro espíritu; que se presume que superará las enemistades de todas las falacias, y habiendo comprendido la verdad, como regresando a la región de su origen, triunfará sobre las pasiones, y así, habiendo aceptado la templanza como esposa, reinará, regresando más seguro al cielo (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 3). ¿Ves lo que digo? Apartemos ya todas estas cosas: armas deben hacerse para un hombre valiente (Eneida, lib. 8, v. 304); y nunca he deseado menos que surja algo entre aquellos que han vivido mucho tiempo juntos y han conversado mucho, de donde surja un nuevo conflicto. Pero debido a la memoria, que es una guardiana infiel de lo que se ha ideado, quise que se registrara en letras lo que a menudo hemos tratado entre nosotros, al mismo tiempo que estos jóvenes aprendieran a atender a estas cosas, y a intentar abordarlas y asumirlas.

23. Entonces, ¿no sabes que no tengo aún nada cierto que opinar, pero que me veo impedido de buscar por los argumentos y disputas de los Académicos? Pues no sé cómo han hecho en mi mente una cierta probabilidad (para no apartarme aún de su término), de que el hombre no puede encontrar la verdad: de donde me volví perezoso y completamente inactivo, y no me atrevía a buscar lo que a los hombres más agudos y doctos no se les permitió encontrar. A menos que primero me convenza de que se puede encontrar la verdad, tanto como ellos se convencieron de que no se puede; no me atreveré a buscar, ni tengo algo que defender. Así que elimina esa pregunta, si te place, y discutamos más bien entre nosotros, con la mayor sagacidad posible, si se puede encontrar la verdad. Y por mi parte, ya me parece tener muchas cosas con las que intento oponerme a la razón de los Académicos: entre los cuales y yo, por ahora, no hay diferencia, excepto que a ellos les pareció probable que no se puede encontrar la verdad; pero a mí me parece probable que se puede encontrar. Pues la ignorancia de la verdad, o es peculiar a mí, si ellos fingían, o ciertamente es común a ambos.

CAPÍTULO X.---No es una controversia de palabras la que se tiene con los Académicos, sino de cosas.

24. Entonces Alypius: Ya, dice, caminaré seguro: pues veo que no serás tanto un acusador como un ayudante. Así que, para no ir más lejos, veamos primero, por favor, no sea que por esta cuestión en la que parece que he tenido éxito con aquellos que te han cedido, caigamos en una controversia de palabras, lo cual, como tú mismo insinuaste con esa autoridad de Cicerón, hemos confesado a menudo que es muy vergonzoso. Pues cuando, si no me equivoco, Licentius decía que le agradaba la opinión de los Académicos sobre la probabilidad, tú añadiste lo que él sin duda confirmó, si sabía que esto también lo llamaban verosimilitud. Y bien sé, si es que me son conocidas por ti, que las doctrinas de los

Académicos no te son ajenas. Así que, como dije, estando estas cosas grabadas en tu mente; no sé por qué te aferras a las palabras. No es, digo, créeme, una controversia de palabras, sino de las cosas mismas: pues no creo que aquellos hombres fueran tales que no supieran poner nombres a las cosas; pero me parece que eligieron estos términos, tanto para ocultar a los más lentos como para significar a los más vigilantes su opinión. Por qué y cómo me parece esto, lo expondré, cuando primero haya discutido aquellas cosas que se dicen de ellos como enemigos del conocimiento humano. Por lo tanto, me alegra mucho que hasta aquí haya avanzado hoy nuestra conversación, de modo que quede claro qué se busca entre nosotros, y conste abiertamente. Pues me parecen hombres muy serios y prudentes. Si hay algo, sin embargo, que ahora discutiremos será contra aquellos que creyeron que los Académicos eran contrarios al descubrimiento de la verdad. Y para que no pienses que estoy asustado, también contra ellos mismos no me armaré de mala gana, si no defendieron lo que leemos en sus libros para ocultar su opinión, para que no se profanaran temerariamente ciertas cosas sagradas de la verdad a mentes contaminadas y casi profanas; sino que lo defendieron sinceramente. Lo que haría hoy, si no fuera porque el ocaso del sol ya nos obliga a regresar a casa. Hasta aquí se discutió ese día.

#### DISPUTA TERCERA.

#### CAPÍTULO XI.---Qué es lo probable.

25. Al día siguiente, aunque no menos amable y tranquilo amaneció el día, apenas nos liberamos de los asuntos domésticos. Pues habíamos consumido gran parte de él principalmente en la escritura de cartas. Y cuando ya quedaban apenas dos horas, nos dirigimos al prado. Pues la excesiva serenidad del cielo nos invitaba, y nos pareció bien no dejar que se perdiera ni siquiera el tiempo que quedaba. Así que cuando llegamos al árbol habitual, y nos quedamos en el lugar: Quisiera que vosotros, jóvenes, ya que hoy no se va a abordar un gran asunto, me recordéis cómo Alypius respondió ayer a la pequeña pregunta que os turbó. Aquí Licentius: Es tan breve, dice, que no es difícil recordarlo; pero cuán leve sea, tú lo verás. Pues, según creo, te prohibió mover una cuestión sobre palabras cuando el asunto estaba claro. Y yo: ¿Habéis notado bien, digo, qué es eso, o qué fuerza tiene? Me parece, dice, que veo qué es; pero te ruego que lo expliques un poco. Pues a menudo te he oído decir que es vergonzoso para los que discuten detenerse en una cuestión de palabras cuando no queda ningún conflicto sobre las cosas. Pero esto es más sutil de lo que debería pedirse que lo explique yo.

26. Escuchad, pues, digo, qué es. Eso que los Académicos llaman probable o verosímil es lo que nos puede invitar a actuar sin asentimiento. Sin asentimiento digo, para que no opinemos que lo que hacemos es verdadero, o no creamos saberlo; sin embargo, actuamos. Por ejemplo, si alguien nos preguntara si después de esta noche tan clara y pura, el sol tan alegre se levantará mañana, creo que negaríamos saberlo, pero diríamos que así parece. Tales cosas, dice el Académico, me parecen todas las que he considerado que deben llamarse probables o verosímiles; que si tú quieres llamarlas con otro nombre, no me opongo. Pues me basta que ya hayas entendido bien lo que digo, es decir, a qué cosas pongo estos nombres. Pues no corresponde al sabio ser un creador de vocablos, sino un investigador de cosas. ¿Habéis entendido suficientemente cómo se me han quitado de las manos esos juegos con los que os agitaba? Aquí, cuando ambos respondieron que lo habían entendido, y con el mismo rostro pedían mi respuesta: ¿Qué pensáis, digo? ¿Que Cicerón, cuyas son estas palabras, carecía de la lengua latina, para poner nombres menos adecuados a las cosas que sentía?

#### CAPÍTULO XII.---De nuevo sobre lo probable y lo verosímil.

27. Entonces Trygetius: Ya, dice, nos parece bien, cuando el asunto es conocido, no levantar calumnias sobre las palabras. Por lo tanto, ve más bien qué respondes a este que nos ha liberado, en quienes tú, impulsado, intentas de nuevo arremeter. Y Licentius: Espera, dice, por favor: pues me parece que vislumbro algo, por lo que veo que no debió haberte sido arrebatado tan fácilmente un argumento tan grande. Y cuando permaneció en silencio, absorto en sus pensamientos, por un momento: Te ruego, dice, que nada me parece más absurdo que decir que sigue lo verosímil quien ignora qué es la verdad: ni me perturba esa tu similitud. Pues correctamente, si me preguntan si de este estado del cielo no se generará ninguna lluvia mañana, respondo que parece verosímil, quien no niego que sepa algo verdadero. Pues sé que este árbol no puede volverse ahora de plata, y muchas cosas verdaderas de las que no impudicamente digo que sé, de las cuales veo que son similares a las que llamo verosímiles. Pero tú, Carneades, o cualquier otra peste griega, para no ofender a los nuestros (¿por qué dudaría en pasar a esta parte a aquel a quien debo como cautivo por derecho de victoria?): tú, pues, cuando dices que no sabes nada verdadero, ¿de dónde sigues esto verosímil? Pero no pude ponerle otro nombre. Entonces, ¿qué debemos discutir con quien no puede hablar?

28. No temeré, dice Alypius, a los desertores: cuánto menos aquel Carneades, contra quien no sé si movido por la ligereza juvenil o infantil, pensaste que debías lanzar insultos en lugar de algún arma. Pues para fortalecer su opinión, que siempre se ha basado en lo probable, esto por ahora le bastará contra ti, que estamos tan lejos del descubrimiento de la verdad, que tú mismo puedes ser un gran argumento para ti mismo, quien así con una sola pregunta te has movido del lugar, que ignoras completamente dónde debes estar. Pero esto, y tu conocimiento, que confesaste tener impreso sobre este árbol hace un momento, lo dejemos para otro tiempo. Pues aunque ya hayas elegido otras partes, sin embargo, debes ser enseñado diligentemente sobre lo que dije hace un momento. Pues aún no habíamos avanzado, según creo, en esa cuestión en la que se pregunta si se puede encontrar la verdad: pero solo eso en el mismo umbral de mi defensa pensé que debía prescribir, en lo que te vi cansado y postrado; esto es, si lo verosímil, o lo probable, o con cualquier otro nombre que pueda llamarse, que los Académicos dicen que es suficiente para ellos, no debe ser cuestionado. Pues si ya te pareces el mejor inventor de la verdad, nada me importa. Después, si no fueras ingrato a esta mi defensa, tal vez me enseñarás lo mismo.

CAPÍTULO XIII.---Si los Académicos disimularon saber la verdad.

29. Aquí yo, cuando Licentius, con modestia, temía el ímpetu de Alypius; Preferiste, digo, Alypius, hablar de todo antes que de cómo debemos discutir con aquellos que no saben hablar. Y él: Ya que hace tiempo que tanto para mí como para todos es conocido, y ahora con tu profesión indicas suficientemente que eres experto en hablar; quisiera que explicaras primero la utilidad de esta investigación suya, que o es superflua, como creo, y mucho más superfluo es responderle; o si parece conveniente, y no puedo explicarlo, te pido humildemente que no te niegues a cumplir el oficio de maestro. Recuerdas, digo, que ayer prometí tratar sobre esos vocablos después. Y ahora el sol nos advierte que lo que propuse como juegos para los niños, lo guarde en los cofres; especialmente cuando ya lo propongo más para adornar que para vender. Ahora, antes de que las tinieblas ocupen nuestro estilo, quiero que hoy quede completamente claro entre nosotros, sobre qué cuestión debemos levantarnos mañana para explicarla. Así que responde, por favor, si te parece que los Académicos tenían una opinión cierta sobre la verdad, y no querían revelarla temerariamente a mentes desconocidas o no purificadas; o si realmente pensaron como sus disputaciones se presentan.

30. Entonces él: No afirmaré temerariamente, dice, qué tenían en mente. Pues tanto como se puede deducir de los libros, tú conoces mejor en qué palabras suelen expresar su opinión: Pero si me preguntas sobre mí mismo, aún no creo que se haya encontrado la verdad. También añado lo que pedías de los Académicos, que creo que no se puede encontrar, no solo por la opinión que siempre has notado en mí, sino también por la autoridad de grandes y excelentes filósofos; a quienes nuestra debilidad, o su sagacidad, nos obliga de alguna manera a creer que no se puede encontrar nada más. Esto es, digo, lo que quería. Pues temía que si también te parecía lo mismo que a mí; nuestra discusión quedara incompleta, sin que existiera alguien que desde la otra parte obligara a que el asunto se pusiera en manos, para que se examinara diligentemente cuanto pudiéramos. Así que si eso hubiera sucedido, estaba preparado para pedirte que asumieras las partes de los Académicos, como si no solo hubieran discutido, sino también sentido que la verdad no se puede comprender. Por lo tanto, se pregunta entre nosotros si por los argumentos de ellos es probable que nada se pueda percibir, y que no se debe asentir a nada. Si logras eso, cederé gustosamente: pero si puedo demostrar que es mucho más probable que el sabio pueda llegar a la verdad, y que no siempre se debe retener el asentimiento: no tendrás, creo, razón para no permitirte pasar a mi opinión. Cuando eso le agradó a él y a los demás presentes, ya oscurecidos por el atardecer, regresamos a casa.

LIBRO TERCERO Presenta dos discusiones, al inicio de las cuales se establece que la fortuna no es ni ayuda ni impedimento para el sabio. Luego, Agustín, con Alypius oponiéndose por las partes asumidas, prueba que el sabio sabe algo, ya que al menos conoce la sabiduría. Luego discute la definición de Zenón, y refuta esos dos principios de los Académicos: «Nada se puede percibir;» y, «No se debe asentir a nada.» Finalmente dice que le parece que los Académicos no pensaron así como generalmente se cree.

DISPUTA PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.---La verdad debe buscarse intensamente de la que depende la vida feliz.

1. Después de aquel discurso que contiene el segundo libro, al día siguiente nos sentamos en los baños; pues estaba más triste de lo que permitía descender al prado; así comencé: Creo que ya habéis notado suficientemente sobre qué cuestión se ha establecido la discusión entre nosotros. Pero antes de que pase a mi parte, que corresponde a su explicación, os ruego que escuchéis con gusto algunas cosas sobre la esperanza, la vida, y nuestro propósito, que no están fuera de lugar. Considero que nuestro negocio no es leve ni superfluo, sino necesario y supremo, buscar la verdad: esto es lo que Alypio y yo acordamos. Pues también los demás filósofos pensaron que su sabio la había encontrado; y los Académicos profesaron que su sabio debía buscarla con el máximo esfuerzo, y que lo hacía diligentemente; pero como o bien estaba oculta, o no se destacaba por estar confusa, para llevar una vida debía seguir lo que parecía probable y verosímil. Esto también se concluyó en vuestra discusión anterior. Pues cuando uno afirmó que el hombre se hace feliz al encontrar la verdad, y el otro al buscarla diligentemente; ninguno de nosotros duda que no hay nada que debemos anteponer a este negocio. Por lo tanto, ¿cómo os parece que pasamos el día de ayer? A vosotros os fue permitido vivir en vuestros estudios. Pues tú, Trygetius, te deleitaste con los poemas de Virgilio, y Licencio se dedicó a componer versos, por cuyo amor está tan cautivado, que por él principalmente pensé que debía introducir este discurso, para que en su ánimo la filosofía (pues ahora es el momento) reclame y se apropie una parte mayor, no solo que la poética, sino que cualquier otra disciplina.

## CAPÍTULO II.---¿Es necesaria la fortuna para el sabio?

2. Pero os pregunto, ¿no os compadecisteis de nosotros, cuando el día anterior nos fuimos a dormir de tal manera que nos levantamos para la cuestión aplazada, y no para nada más; porque surgieron asuntos familiares tan necesarios de realizar, que ocupados completamente en ellos, apenas pudimos respirar para nosotros mismos durante las dos últimas horas del día? Por lo cual siempre ha sido mi opinión que el hombre ya sabio no necesita nada; pero para hacerse sabio, la fortuna es muy necesaria (Lib. 1 Retract. cap. 1, n. 1): a menos que Alypio piense de otra manera. Entonces él dijo: Cuánto poder atribuyes a la fortuna, aún no lo sé bien. Pues si crees que para despreciar la fortuna, se necesita la fortuna misma, también yo me uno a ti en esta opinión. Pero si no le concedes a la fortuna más que lo que no puede obtenerse sin su voluntad para la necesidad del cuerpo; no pienso así. O bien es posible, aun en contra de su resistencia y oposición, que el que aún no es sabio, pero desea la sabiduría, obtenga lo que confesamos necesario para la vida; o bien hay que conceder que también en toda la vida del sabio ella domina, ya que el mismo sabio no puede dejar de necesitar lo que es necesario para el cuerpo.

3. Dices, pues, que la fortuna es necesaria para el que estudia la sabiduría, pero la niegas para el sabio. No está de más repetir lo mismo, dijo. Así que ahora también te pregunto, si crees que la fortuna ayuda en algo a despreciarse a sí misma. Si lo crees, digo que el que desea la sabiduría necesita mucho de la fortuna. Lo creo, dije, si a través de ella será tal que pueda despreciarla. Y no es absurdo: pues así también cuando somos pequeños necesitamos los pechos, gracias a los cuales después podemos vivir y estar bien sin ellos. Si nuestras opiniones no disienten en la concepción del ánimo, me parece que concuerdan: a menos que a alguien le parezca que hay que distinguir que no es la fortuna o los pechos, sino otra cosa la que nos hace despreciadores. No es gran cosa, dije, usar otro símil. Pues como sin barco, o cualquier vehículo, o incluso, para no temer al mismo Dédalo, sin instrumentos adecuados para esto, o algún poder oculto, nadie cruza el mar Egeo; aunque no proponga otra cosa que llegar; lo cual, cuando le suceda, estará dispuesto a desechar y despreciar todo aquello en lo que fue transportado: así cualquiera que quiera llegar al puerto de la sabiduría, y como a un suelo firmísimo y tranquilísimo; ya que, por omitir otras cosas, si fuera ciego y sordo, no puede, lo cual está en el poder de la fortuna, me parece necesario tener fortuna para lo que ha deseado. Lo cual, cuando lo haya obtenido, aunque se piense que necesita algunas cosas para la salud del cuerpo; sin embargo, está claro que no necesita de ellas para ser sabio, sino para vivir entre los hombres. Más bien, dijo él, si es ciego y sordo; tanto para alcanzar la sabiduría, como la misma vida por la cual se busca la sabiduría, en mi opinión, con razón la despreciará.

4. Sin embargo, dije, como nuestra misma vida, la que vivimos aquí, está en el poder de la fortuna; y nadie puede hacerse sabio si no vive: ¿no es necesario admitir que se necesita su favor para llegar a la sabiduría? Pero como la sabiduría, dijo, no es necesaria sino para los que viven, y removida la vida no hay necesidad de sabiduría, no temo a la fortuna en la propagación de la vida. Pues porque vivo, por eso quiero la sabiduría, no porque deseo la sabiduría, quiero la vida. Por lo cual, si la fortuna me quita la vida, me quitará la causa de buscar la sabiduría. No tengo, pues, razón para desear el favor de la fortuna para hacerme sabio, ni temer los impedimentos, a menos que hayas propuesto otra cosa. Entonces yo: ¿No crees, pues, que el que estudia la sabiduría puede ser impedido por la fortuna para no llegar a la sabiduría, aunque no le quite la vida? No lo creo, dijo.

CAPÍTULO III.---Diferencias entre sabio y estudioso. El sabio sabe algo, porque al menos sabe la sabiduría.

5. Quiero, dije, que me expliques un poco qué te parece que diferencia al sabio del filósofo. No creo que el sabio difiera en nada del estudioso, dijo; salvo que en el sabio hay un hábito de ciertas cosas, y en el estudioso solo un ardor. ¿Cuáles son esas cosas, dije? Pues a mí no me parece que haya otra diferencia, salvo que uno sabe la sabiduría, y el otro desea saberla. Si determinas la ciencia con un fin modesto, has hablado más claramente. De cualquier manera que la determine, dije, a todos les ha parecido que la ciencia no puede ser de cosas falsas. En esto, dijo él, me pareció que debía oponer una objeción, para que mi consentimiento no considerado no permitiera que tu discurso cabalgara fácilmente en los campos de aquella cuestión principal. Claramente, dije, no me has dejado nada donde pueda cabalgar. Pues si no me engaño, hemos llegado al fin que desde hace tiempo intento. Si, como dijiste sutil y verdaderamente, no hay diferencia entre el que estudia la sabiduría y el sabio, salvo que este ama, y aquel tiene la disciplina de la sabiduría; de donde también el mismo nombre, es decir, un hábito, no dudaste en expresar; nadie puede tener la disciplina en el ánimo, que no haya aprendido nada; y nadie ha aprendido, que no sabe nada; y nadie puede conocer lo falso: por lo tanto, el sabio conoce la verdad, quien tiene en el ánimo la disciplina de la sabiduría, es decir, un hábito que ya has confesado. No sé, dijo, de qué impudencia sería, si quisiera negar que he confesado que el hábito de la investigación de las cosas divinas y humanas está en el sabio. Pero no veo cómo te parece que el hábito de las cosas probables no es. ¿Concedes, dije, que nadie sabe lo falso? Eso es fácil, dijo. Dime ahora si puedes, dije, que el sabio no sabe la sabiduría. ¿Por qué, dijo, concluyes todo con este límite, para que no pueda parecer que se ha comprendido la sabiduría? Dame, dije, la mano. Pues si recuerdas, esto es lo que ayer dije que haría, lo cual ahora me alegra que no haya sido concluido por mí, sino que me lo hayas ofrecido espontáneamente. Pues cuando dije que entre mí y los Académicos había esta diferencia, que a ellos les parecía probable que no se podía comprender la verdad; pero a mí, aunque aún no la he encontrado, me parece que el sabio puede encontrarla: ahora tú, cuando te urgía mi pregunta, si el sabio no sabe la sabiduría, dijiste que le parece saberla. ¿Y qué después de eso?, dijo. Porque si le parece, dije, saber la sabiduría, no le parece que el sabio no puede saber nada. O si la sabiduría no es nada, quiero que lo afirmes.

6. Creería verdaderamente, dijo, que hemos llegado al final; pero de repente, cuando interpusiste las manos, veo que estamos muy separados y hemos avanzado mucho: evidentemente porque ayer no parecía que se hubiera establecido otra cuestión entre nosotros, sino que el sabio podía llegar a la comprensión de la verdad, afirmándolo tú, y yo lo negaba: ahora no creo haber concedido nada más que parecerle al sabio que ha alcanzado la sabiduría de las cosas probables: sin embargo, no creo que ninguno de nosotros dude que he establecido esa sabiduría en la investigación de las cosas divinas y humanas. No, dije, porque lo envuelves, te desenredas: pues ya me parece que disputas para ejercitarte. Y porque bien sabes que estos jóvenes apenas pueden discernir lo que se discute aguda y sutilmente, abusas de la ignorancia de los jueces, para que te sea permitido hablar cuanto quieras sin que nadie te lo impida. Pues hace poco dijiste, cuando pregunté si el sabio sabía la sabiduría, que le parecía saberla. Por lo tanto, a quien le parece que el sabio sabe la sabiduría, no le parece que el sabio no sabe nada. Esto no se puede sostener, a menos que alguien se atreva a decir que la sabiduría no es nada. De lo cual se deduce que ya te parece esto, lo que también a mí; pues me parece que el sabio no sabe nada, y a ti, creo, que le parece al sabio saber la sabiduría. Entonces él, No creo que quiera ejercitar mi ingenio más que tú; y eso me sorprende, pues no necesitas ningún ejercicio en este asunto. Pues aún me parece, tal vez ciego, que hay diferencia entre parecerse saber y saber; y entre la sabiduría que está en la investigación, y la verdad: que cuando decimos una u otra, no encuentro cómo encajan entre sí. Entonces yo,

cuando ya nos llamaban a almorzar; No me desagrada, dije, que te resistas tanto: o bien ambos no sabemos lo que decimos, y hay que esforzarse para no ser tan torpes; o uno de nosotros, lo cual también es vergonzoso dejar y descuidar: pero por la tarde volveremos a encontrarnos. Pues como me parecía que ya habíamos llegado al final, también mezclaste los puños. Aquí, cuando sonrieron, nos separamos.

## DISPUTA SEGUNDA.

### CAPÍTULO IV.---De nuevo que el sabio no es quien no sabe nada.

7. Y cuando regresamos, encontramos a Licencio, a quien nunca le había faltado el manantial de Helicon, absorto en la composición de versos. Pues desde la mitad del almuerzo, aunque nuestro almuerzo tuvo el mismo inicio que el final, se había levantado en secreto, y no había bebido nada. A quien yo, Deseo, dije, que algún día abrases esa poética que has deseado: no porque me deleite demasiado esa perfección; sino porque veo que has ardidado tanto, que no puedes evadir este amor sino por hastío; lo cual suele suceder fácilmente después de la perfección. Además, como eres bien sonoro, prefiero que nos inculques tus versos en nuestros oídos; que en esas tragedias griegas, al modo de los pajarillos que vemos encerrados en jaulas, cantes palabras que no entiendes. Sin embargo, te advierto que continúes bebiendo, si quieres, y regreses a nuestra escuela, si es que ya Hortensio y la filosofía merecen algo de ti, a quienes ya ofreciste las dulcísimas primicias en aquel discurso vuestro, que te había incitado más vehementemente que esta poética al conocimiento de cosas grandes y verdaderamente fructíferas. Pero mientras deseo atraerlos de nuevo a estas disciplinas, con las que se cultivan los ánimos; temo que se convierta en un laberinto para vosotros, y casi me arrepiento de haberte detenido en aquel impulso. Se sonrojó él, y se fue a beber. Pues tenía mucha sed, y se le daba la ocasión de evitarme, tal vez dispuesto a decir más cosas y más ásperas.

8. Y cuando regresó, con todos atentos, comencé así: ¿Es posible, Alypio, que no estemos de acuerdo sobre un asunto que ya, según me parece, es muy claro? No es de extrañar, dijo, si lo que afirmas que está a la vista para ti, es oscuro para mí: pues muchas cosas manifiestas, pueden ser más manifiestas para otros, y también algunas cosas oscuras, más oscuras para algunos. Pues si esto también te es verdaderamente manifiesto, créeme, hay alguien para quien también esta tu manifestación es más manifiesta; y también alguien para quien mi oscuridad es más oscura. Pero para que no pienses que quiero ser obstinado por más tiempo, te ruego que expliques más claramente esta manifestación. Presta atención, dije, por favor, y como si dejaras de lado un poco la preocupación de responder. Pues si bien me conozco a mí mismo y a ti, con un poco de esfuerzo se aclarará lo que digo, y uno convencerá rápidamente al otro. ¿Dijiste finalmente, o tal vez me volví sordo, que al sabio le parece saber la sabiduría? Asintió. Dejemos, dije, un poco a ese sabio. ¿Eres tú mismo sabio, o no? Nada menos, dijo. Sin embargo, quiero, dije, que me respondas qué piensas del sabio Académico; ¿te parece que sabe la sabiduría? ¿Te parece que le parece saberla o que la sabe, crees que es lo mismo o diferente? Temo que esta confusión sirva de refugio a alguno de nosotros.

9. Esto es, dije, aquella disputa toscana que suele decirse, cuando a la cuestión planteada no se le responde, sino que se objeta otra cosa. Lo cual también nuestro poeta (para dedicarme un poco a los oídos de Licencio) juzgó que era rústico y verdaderamente pastoril en su poema bucólico, cuando uno pregunta al otro, donde el espacio del cielo no se extiende más de tres codos: pero él responde, Dime en qué tierras nacen flores con los nombres de los reyes inscritos. (Virg., Égloga 3, vv. 105, 106.) Lo cual te ruego, Alypio, que no creas que nos está permitido en la villa: ciertamente estas pequeñas termas deben hacer recordar algún decoro

de los gimnasios: responde, si te place, a lo que pregunto. ¿Te parece que el sabio Académico sabe la sabiduría? Para no ir en largo devolviendo palabras con palabras, dijo, me parece que le parece saberla. ¿Te parece, pues, dije, que no sabe? Pues no pregunto qué te parece que le parece al sabio, sino si te parece que el sabio sabe la sabiduría. Puedes, creo, aquí afirmar o negar. ¡Ojalá, dijo, me fuera tan fácil como a ti, o tan difícil a ti como a mí! no serías tan molesto, ni esperarías nada en esto. Pues cuando me preguntaste qué me parece del sabio Académico; respondí, que me parece que le parece saber la sabiduría, para no afirmar temerariamente que sé, ni decir temerariamente que él sabe. Por gran favor, dije, te ruego que primero concedas que respondas a lo que yo pregunto, no a lo que tú te preguntas. Luego que dejes un poco mi esperanza, que no es menos importante para ti que la tuya, como bien sé. Ciertamente, si me engaño con esta pregunta, rápidamente pasaré a tu parte, y resolveremos la controversia. Finalmente, que dejando de lado no sé qué preocupación, que veo que te afecta, observes con más atención, para que entiendas fácilmente lo que quiero que me respondas. Pues dijiste que no afirmabas ni negabas, lo cual es necesario para lo que pregunto, para no decir temerariamente que sabes lo que no sabes: como si yo hubiera preguntado qué sabes, y no qué te parece. Así que ahora pregunto lo mismo más claramente (si es que puede decirse más claramente): ¿Te parece que el sabio sabe la sabiduría, o no te parece? Si puede encontrarse, dijo, un sabio tal como la razón lo presenta, puede parecerme que sabe la sabiduría. La razón, pues, dije, te presenta un sabio tal que no ignora la sabiduría: y eso está bien. Pues no debía parecerte de otra manera.

10. Pregunto, pues, ahora, si puede encontrarse un sabio. Pues si puede, también puede saber la sabiduría, y toda la cuestión entre nosotros está resuelta. Pero si dices que no puede, ya no se preguntará si el sabio sabe algo, sino si puede haber alguien sabio. Lo cual establecido, ya habrá que apartarse de los Académicos, y esta cuestión deberá tratarse contigo con toda la diligencia y cautela que podamos. Pues a ellos les pareció, o más bien les pareció probable, que puede haber un hombre sabio, y sin embargo no puede caer en el hombre la ciencia. Por lo cual afirmaron que el sabio no sabe nada. Pero a ti te parece que sabe la sabiduría, lo cual no es no saber nada. Al mismo tiempo nos pareció a nosotros, lo que también a todos los antiguos, y a los mismos Académicos, que nadie puede saber cosas falsas: de lo cual ya queda que o bien sostengas que la sabiduría no es nada, o bien confieses que el sabio descrito por los Académicos es tal que la razón no lo tiene.

CAPÍTULO V.---Se cierra el vano refugio de los Académicos.

11. Y dejando de lado estas cuestiones, consintamos en investigar si al hombre le puede llegar una sabiduría tal como la que la razón propone. No debemos, ni podemos, llamar correctamente sabiduría a otra cosa. Aunque concedo, dice, lo que veo que te esfuerzas mucho en demostrar, que el sabio conoce la sabiduría, y que hay algo entre nosotros que el sabio puede percibir; sin embargo, de ninguna manera me parece que la intención de los Académicos esté completamente debilitada. Veo que tienen reservado un lugar no pequeño para su defensa, y que esa suspensión de la asensión no está cortada, ya que no pueden carecer de lo que tú crees que les falta para su causa. Dirán que nada se comprende, y que no se debe dar asensión a ninguna cosa, de tal manera que incluso esto de no percibir nada, que casi toda su vida hasta ti se habían persuadido de manera probable, ahora con esta conclusión se les ha arrancado: de modo que, ya sea por la lentitud de mi ingenio, o realmente por su propia fuerza invicta, no pueden ser movidos de su lugar, ya que aún pueden afirmar audazmente que ni siquiera ahora se debe consentir en ninguna cosa. Pues tal vez en algún momento se pueda encontrar algo, ya sea por ellos mismos o por alguien más, que se diga con agudeza y probabilidad: y que su imagen y como un espejo en aquel Proteo debe ser

observado, quien se dice que solía ser capturado de la manera en que menos se esperaba, y que sus investigadores nunca lo sostuvieron igual, a menos que fuera por algún tipo de indicio divino. Si esto está presente, y se digna mostrarnos esa verdad que tanto nos importa, yo también, aunque ellos no lo quieran, lo que no creo, confesaré que han sido superados.

12. Está bien, digo; no he deseado nada más. Pues miren, por favor, cuántos y qué grandes bienes me han llegado. Lo primero es que los Académicos ya se dicen tan vencidos, que no les queda nada para su defensa, salvo lo que no puede hacerse. ¿Quién puede entender esto de alguna manera, o creer que aquel que ha sido vencido, por el mismo hecho de haber sido vencido, se gloria de ser el vencedor? Luego, si queda algo de conflicto con ellos, no es por lo que dicen, que nada puede saberse, sino por lo que sostienen, que no se debe consentir en ninguna cosa. Ahora, por tanto, estamos de acuerdo. Pues así como a mí, también a ellos les parece que el sabio conoce la sabiduría. Pero sin embargo, ellos aconsejan abstenerse de la asensión. Dicen que solo les parece así; pero de ninguna manera saben: como si yo profesara saber. Yo también digo que me parece así: pues soy necio, como también ellos, si no conocen la sabiduría. Sin embargo, creo que debemos aprobar algo, es decir, la verdad. Les pregunto si niegan esto, es decir, si les parece que no se debe consentir en la verdad. Nunca dirán esto, sino que afirmarán que no se encuentra. Por tanto, también aquí me tienen como compañero en cierta medida, ya que a ambos no nos desagrada, y de hecho necesariamente nos agrada, que se debe consentir en la verdad. Pero, ¿quién la demostrará?, preguntan. Aquí no me preocuparé de competir con ellos; me basta con que ya no sea probable que el sabio no sepa nada, para que no se vean obligados a decir algo absurdísimo, o que no hay sabiduría, o que el sabio no conoce la sabiduría.

CAPÍTULO VI.---La verdad no se percibe sin ayuda divina.

13. Pero, ¿quién puede mostrar la verdad?, lo has dicho tú, Alipio, de quien debo esforzarme mucho por no disentir. Pues has dicho que solo una deidad puede mostrar al hombre qué es la verdad, de manera breve y también piadosa. Nada, por tanto, he escuchado en esta conversación nuestra con más agrado, nada más grave, nada más probable, y, si esa deidad está presente como confío, nada más verdadero. Pues aquel Proteo, con cuánta profundidad de mente lo has mencionado, con cuánta intención en el mejor género de filosofía. Porque aquel Proteo, para que ustedes, jóvenes, vean que los poetas no deben ser completamente despreciados por la filosofía, se introduce en la imagen de la verdad. Proteo, digo, en los poemas ostenta y sostiene el papel de la verdad, que nadie puede obtener si, engañado por falsas imágenes, afloja o suelta los nudos de la comprensión. Pues estas son las imágenes que, por la costumbre de las cosas corporales a través de esos sentidos que usamos para las necesidades de esta vida, incluso cuando la verdad se sostiene y casi se tiene en las manos, intentan engañar y burlarse de nosotros. Por tanto, este tercer bien me ha sucedido, que no sé cuánto valorar. Pues mi amigo más íntimo, no solo en la probabilidad de la vida humana, sino también en la misma religión, está de acuerdo conmigo, lo cual es la indicación más clara de un verdadero amigo. Pues la amistad ha sido definida de la manera más correcta y sagrada como la concordia de las cosas humanas y divinas con benevolencia y caridad.

CAPÍTULO VII.---Agustín, por exhortación de Alipio, pronuncia un discurso contra los Académicos. Se refiere un pasaje ingenioso de Cicerón.

14. Sin embargo, para que los argumentos de los Académicos no parezcan arrojar ciertas nubes, o para que no parezcamos resistir con arrogancia a la autoridad de los hombres más doctos, entre los cuales Cicerón especialmente no puede dejar de conmovernos; si les parece bien, primero diré algunas cosas contra ellos, con las que parecen oponerse a la verdad.

Luego, como me parece, mostraré cuál fue la causa de los Académicos para ocultar su opinión. Así que, Alipio, aunque te veo completamente de mi parte, sin embargo, asume un poco por ellos y respóndeme. Ya que hoy, dice, has avanzado auspiciosamente, como dicen, no impediré tu victoria plena, y asumiré esas partes con más seguridad, ya que me las impones; si, sin embargo, prefieres convertir esto que dices que harás con preguntas en un discurso continuo (si te es conveniente); para que no, como un adversario pertinaz, lo cual está muy lejos de tu humanidad, sea torturado por ti ya cautivo con esos pequeños dardos.

15. Y cuando noté que ellos también esperaban esto, como si comenzara otro discurso: Les complaceré, digo. Y aunque después de aquel esfuerzo de la escuela de retórica había presumido que descansaría un poco en esta ligera armadura, para tratar estas cosas más preguntando que hablando; sin embargo, porque somos muy pocos, de modo que no necesito gritar contra mi salud; y porque quise que este estilo, por la misma razón de salud, fuera como el auriga y moderador de mi discurso, para no ser llevado más rápidamente de lo que el cuidado del cuerpo requiere: escuchen, como desean, en un discurso continuo lo que pienso. Pero primero veamos cómo es eso de lo que los amantes de los Académicos suelen gloriarse demasiado. Pues hay en los libros de Cicerón, que escribió en defensa de esta causa, un pasaje que, a mi parecer, está condimentado con una maravillosa urbanidad, aunque para algunos también está reforzado con firmeza. Es difícil que no conmueva a alguien lo que allí se dice, que al sabio Académico se le otorgan las segundas partes por todos los de las otras sectas que se consideran sabios, ya que cada uno debe reclamar las primeras para sí mismo. De lo cual se puede concluir probablemente que aquel que es juzgado segundo por el juicio de todos los demás, es correctamente el primero por su propio juicio.

16. Imagina, por ejemplo, que está presente un sabio estoico; pues contra ellos principalmente se encendió el ingenio de los Académicos: entonces, si Zeno o Crisipo son interrogados, quién es sabio; responderán que es aquel que ellos han descrito. En cambio, Epicuro o cualquier otro de los adversarios lo negará, y contendrá que su propio experto en placeres es el sabio. De ahí surge la disputa: Zeno clama, y todo aquel póstico se agita, diciendo que el hombre no ha nacido para otra cosa que para la honestidad; que esta, con su propio esplendor, atrae las almas hacia sí, sin que se coloque ningún beneficio externo como una especie de recompensa seductora: y que aquel placer de Epicuro es común solo entre los animales, en cuya sociedad es un sacrilegio empujar tanto al hombre como al sabio. En cambio, aquel, convocando de los jardines en auxilio a una multitud casi libre de borrachos, que sin embargo buscan a quién desgarrar con uñas desaliñadas y boca áspera, exagerando el nombre del placer, la suavidad, la tranquilidad, con el pueblo como testigo, insiste con fuerza en que nadie puede ser feliz sin ella. En cuya disputa, si el Académico se entromete, escuchará a ambos lados atrayéndolo a sus partes: pero si se inclina hacia unos o hacia otros, será llamado loco, ignorante y temerario por aquellos a quienes abandona. Así que, después de haber prestado atención cuidadosamente a ambos lados, cuando se le pregunte qué le parece, dirá que duda. Pregunta ahora al estoico, quién es mejor; ¿Epicuro, que lo llama delirante, o el Académico, que aún pronuncia que debe deliberar sobre un asunto tan grande? Nadie duda que el Académico será preferido. Vuelve a dirigirte a aquel y pregúntale a quién ama más; ¿a Zeno, de quien se le llama bestia; o a Arcesilao, de quien escucha: Tal vez dices la verdad, pero lo investigaré más diligentemente? ¿No es evidente que todo aquel póstico parece loco, pero los Académicos, en comparación, parecen a Epicuro hombres modestos y cautos? Así, casi de todas las sectas, Cicerón ofrece abundantemente un espectáculo muy agradable para los lectores, como mostrando que no hay ninguno de ellos que, aunque se dé a sí mismo las primeras partes, lo cual es necesario, no diga que da las segundas a aquel que no se opone, sino que duda. En esto no me opondré en nada, ni les quitaré ninguna gloria. Que parezca a

quien quiera que Cicerón aquí no bromeó, sino que quiso seguir y recoger ciertas cosas vanas y vacías, lo cual está en desacuerdo con la ligereza de esos griegos.

CAPÍTULO VIII.---Se refuta el pasaje de Cicerón mencionado.

17. Pues, ¿qué me impide, si quiero resistir a esta vanidad, mostrar fácilmente cuánto menos malo es ser indocto que indócil? De donde resulta que, cuando ese Académico jactancioso se haya dado a sí mismo como discípulo de cada uno, y nadie haya podido persuadirle de lo que cree saber; después será objeto de risa por gran consenso de ellos. Pues ya cada uno juzgará que cualquier otro de sus adversarios no ha aprendido nada, pero que este no puede aprender nada. De lo cual, en adelante, será expulsado de todas las escuelas no con varas, lo cual sería más vergonzoso que molesto, sino con las llaves y bastones de esos vestidos de filósofos. No será un gran problema pedir contra la plaga común como ciertas ayudas hercúleas de los cínicos. Pero si a esta vilísima gloria le place competir con ellos, lo cual se debe conceder con más indulgencia a mí, que ya soy filósofo, pero aún no sabio; ¿qué tendrán que puedan refutar? Pues hagamos que yo y el Académico nos hayamos lanzado a esas disputas de los filósofos: que todos estén presentes, que expongan brevemente sus opiniones por el momento. Pregúntese a Carneades qué opina. Dirá que duda. Así que cada uno lo preferirá a los demás. Por tanto, todos a todos: gran y altísima gloria. ¿Quién no querría imitarlo? Y yo también, si me preguntan, responderé lo mismo; la alabanza será igual. ¿Acaso el sabio se alegra de una gloria en la que el necio se le iguala? ¿Qué si incluso lo supera fácilmente? ¿No actúa el pudor? Pues ya retendré a ese Académico que se retira del juicio. Pues la necedad es más ávida de este tipo de victoria. Así que, reteniéndolo, revelaré a los jueces lo que ignoran, y diré: Yo, hombres excelentes, tengo esto en común con este, que duda de quién de ustedes sigue la verdad. Pero también tenemos opiniones propias, sobre las cuales pido que juzguen. Pues a mí me es incierto, aunque he escuchado sus decretos, dónde está la verdad: pero por eso ignoro quién de ustedes es sabio. Sin embargo, este niega que incluso el sabio sepa algo, ni siquiera la sabiduría, de la cual se llama sabio. ¿Quién no ve de quién es la palma? Pues si mi adversario dice esto, venceré en gloria; si, en cambio, avergonzado confiesa que el sabio conoce la sabiduría, venceré en opinión.

CAPÍTULO IX.---Se discute la definición de Zeno.

18. Pero ya dejemos este tribunal litigioso y retiremos a algún lugar donde ninguna multitud nos moleste; y ojalá en la misma escuela de Platón, que se dice haber recibido su nombre porque está apartada del pueblo: aquí ya no sobre la gloria, que es leve e infantil, sino sobre la misma vida, y sobre alguna esperanza de un alma feliz, discutamos entre nosotros tanto como podamos. Los Académicos niegan que algo pueda ser conocido. ¿Por qué les ha agradado esto, hombres muy estudiosos y doctos? Nos ha movido, dicen, la definición de Zeno. ¿Por qué, pregunto? Pues si es verdadera, quien la conoce sabe algo de verdad; si es falsa, no debería haber conmovido a los más constantes. Pero veamos qué dice Zeno. Dice que tal visión puede ser comprendida y percibida, que no tiene signos comunes con lo falso. ¿Esto te ha movido, hombre platónico, para que con todas tus fuerzas apartaras a los estudiosos de la esperanza de aprender, para que abandonaran todo el negocio de filosofar, ayudados también por cierto letargo de la mente?

19. Pero, ¿cómo no lo movería, si no se puede encontrar algo así, y si no es algo así, no puede ser percibido? Si esto es así, más bien se debería haber dicho que la sabiduría no puede caer en el hombre, que el sabio no sabe por qué vive, no sabe cómo vive, no sabe si vive; finalmente, lo que más perverso y delirante e insano no puede decirse, que al mismo tiempo es sabio e ignora la sabiduría. Pues, ¿qué es más duro, que el hombre no pueda ser sabio, o

que el sabio no sepa la sabiduría? No hay que discutir sobre esto, si la cosa misma así planteada no es suficiente para juzgar. Pero tal vez si se dijera eso, los hombres se apartarían completamente de filosofar: ahora bien, deben ser inducidos por el dulcísimo y santísimo nombre de la sabiduría, para que cuando con la edad desgastada no hayan aprendido nada, después te persigan con las más grandes execraciones, a quien, dejando al menos los placeres del cuerpo, han seguido hacia los tormentos del alma.

20. Pero veamos por quién más bien se apartan de la filosofía. ¿Por aquel que diga: Escucha, amigo; la filosofía no se llama sabiduría misma, sino estudio de la sabiduría, a la cual si te dedicas, no serás sabio mientras vivas aquí (pues la sabiduría está con Dios, y no puede llegar al hombre), pero cuando te hayas ejercitado y purificado suficientemente con tal estudio, tu alma disfrutará de ella fácilmente después de esta vida, es decir, cuando dejes de ser hombre? ¿O por aquel que diga: Vengan, mortales, a la filosofía; aquí hay un gran fruto: pues, ¿qué es más querido para el hombre que la sabiduría? vengan, pues, para que sean sabios, y no conozcan la sabiduría? No, dice, no lo diré así. Esto es engañar, pues no se encontrará otra cosa contigo. Así sucede que si dices esto, huyen como de un loco; si de otro modo los conduces a esto, los haces locos. Pero creamos, por ambas opiniones igualmente los hombres no quieren filosofar. Si algo pernicioso para la filosofía obligaba a decir la definición de Zeno, hombre, ¿debía decirse al hombre aquello de lo que se doliera; o aquello de lo que se burlara?

21. Sin embargo, lo que Zeno definió, discutámoslo tanto como podamos, siendo necios. Dice que tal visión puede ser comprendida, que aparece de tal manera que no puede aparecer como falsa. Es evidente que nada más entra en la percepción. Esto también lo veo yo, dice Arcesilao, y con esto mismo enseño que nada se percibe. Pues no se puede encontrar algo así. Tal vez por ti, y por otros necios: pero, ¿por qué no puede el sabio? Aunque creo que no se puede responder nada al necio si te dice que refutes con tu memorable agudeza esta misma definición de Zeno, y muestres que también puede ser falsa: si no puedes, tienes esta misma que percibes; si la refutas, no tienes de qué ser impedido de percibir. Yo no veo que pueda ser refutada, y la juzgo completamente verdadera. Así que cuando la conozco, aunque sea necio, sé algo. Pero supongamos que cede a tu astucia. Usaré una conclusión segurísima. Pues o es verdadera, o falsa: si es verdadera, la tengo bien; si es falsa, algo puede ser percibido, aunque tenga signos comunes con lo falso. ¿De dónde, dice, puede? Por tanto, Zeno definió muy verdaderamente, y quienquiera que haya consentido en esto, no erró. ¿O consideraremos de poca alabanza y sinceridad la definición que, contra aquellos que iban a decir mucho contra la percepción, al designar cómo sería lo que podría ser percibido, mostró que ella misma era tal? Así que hay tanto definición como ejemplo de cosas comprensibles. ¿Pero, dice, también sé si es verdadera? No lo sé: pero porque es probable, por eso, siguiéndola, muestro que no hay tal cosa como la que ella expresó que pueda ser comprendida. Tal vez lo muestras excepto ella, y ves, creo, qué sigue. Pero si también de ella estamos inciertos, no nos abandona la ciencia; pues sabemos que o es verdadera, o falsa: por tanto, no sabemos nada. Aunque nunca lograrás que sea ingrato, yo juzgo esa definición completamente verdadera. Pues o pueden ser percibidas también las falsas, lo cual los Académicos temen más vehementemente, y realmente es absurdo; o tampoco pueden ser percibidas aquellas que son semejantes a las falsas: de donde esa definición es verdadera. Pero ya veamos las demás cosas.

## CAPÍTULO X.---Dos dichos de los Académicos.

22. Aunque esto, si no me equivoco, podría ser suficiente para la victoria, tal vez no lo sea para la satisfacción de la victoria. Hay dos cosas que dicen los Académicos, contra las cuales,

en la medida de nuestras fuerzas, hemos decidido oponernos: que nada puede ser percibido; y que no se debe asentir a ninguna cosa. Sobre el asentimiento hablaremos en otra ocasión, ahora diremos unas pocas palabras sobre la percepción. ¿Decís que absolutamente nada puede ser comprendido? Aquí despertó Carneades: pues ninguno de ellos durmió menos profundamente que él, y observó la evidencia de las cosas. Así que creo que, hablando consigo mismo, como suele hacerse, dijo: ¿Acaso, Carneades, vas a decir que no sabes si eres un hombre o una hormiga? ¿O de ti se burlará Crisipo? Digamos que no sabemos aquellas cosas que se investigan entre los filósofos; las demás no nos conciernen, como si tropezara en la luz cotidiana y vulgar, me refugiare en aquellas tinieblas de los ignorantes, donde solo algunos ojos divinos ven: quienes, incluso si me vieran tambaleándome y cayendo, no podrían delatarme, especialmente a los arrogantes, y a quienes les avergüenza ser enseñados algo. Con elegancia, oh industria griega, avanzas ceñida y preparada; pero no consideras aquella definición que fue inventada por el filósofo, y fijada y fundamentada en el umbral de la filosofía. Si intentas derribarla, el hacha volverá a tus piernas: pues si esa se tambalea, no solo puede percibirse algo, sino que también puede percibirse aquello que es muy similar a lo falso, si no te atreves a derribarla. Es tu refugio desde donde, deseando pasar a los incautos, irrumpes y saltas con vehemencia: algún Hércules te sofocará en tu cueva como a un semihombre Caco, y te aplastará con las mismas rocas, demostrando que hay algo en la filosofía que, aunque sea similar a lo falso, no puede ser hecho incierto por ti. Ciertamente me apresuraba a otras cosas; quienquiera que insista en esto, te afecta, Carneades, con gran afrenta, pues cree que, como muerto, puedes ser superado por mí en cualquier lugar o desde cualquier lugar. Pero si no lo cree, es despiadado, quien me obliga a abandonar mis defensas por todas partes y a luchar contigo en el campo: cuando comencé a descender a él, aterrorizado por tu solo nombre, retrocedí, y desde un lugar superior lancé algo, que si llegó a ti, o qué efecto tuvo, lo verán aquellos bajo cuyo examen combatimos. Pero, ¿por qué temo, siendo inepto? Si recuerdo bien, estás muerto, y ya no lucha Alypius con derecho por tu sepulcro: fácilmente Dios me ayudará contra tu sombra.

23. Dices que nada en la filosofía puede ser percibido. Y para extender tu discurso ampliamente, tomas las disputas y disensiones de los filósofos, y crees que te sirven de armas contra ellos. Pues, ¿cómo juzgaremos la disputa entre Demócrito y los físicos anteriores sobre un solo mundo y mundos innumerables, cuando entre él y su heredero Epicuro no pudo mantenerse la concordia? Pues este lujurioso, al permitir que los átomos, como sus siervas, es decir, los corpúsculos que alegremente abraza en la oscuridad, no sigan su camino, sino que se desvíen libremente a límites ajenos, disipa todo el patrimonio incluso en disputas. Pero esto no me concierne. Pues si pertenece a la sabiduría saber algo de esto, no puede estar oculto al sabio. Pero si la sabiduría es otra cosa; el sabio la conoce, desprecia estas cosas. Sin embargo, yo, que aún estoy lejos incluso de la vecindad del sabio, sé algo de estas cosas físicas. Pues tengo por cierto que o hay un solo mundo, o no hay uno; y si no hay uno, o es de número finito, o infinito. Que Carneades demuestre que esta opinión es similar a lo falso. También sé que este nuestro mundo, o está dispuesto por la naturaleza de los cuerpos, o por alguna providencia; y que o siempre ha sido y será, o comenzó a ser y no dejará de ser; o que surgió en el tiempo y no tendrá fin; o que comenzó a existir y no permanecerá para siempre: y conozco innumerables cosas físicas de este modo. Pues estas disyunciones son verdaderas, y nadie puede confundirlas con alguna similitud de lo falso. Pero toma algo, dice el Académico. No quiero: pues esto es decir, deja lo que sabes, di lo que no sabes. Pero la sentencia está en suspenso. Ciertamente es mejor que esté en suspenso a que caiga: ciertamente es clara; ciertamente ya puede ser llamada falsa o verdadera. Por tanto, digo que sé esto. Tú, que niegas que estas cosas pertenezcan a la filosofía, y afirmas que nada de ellas

puede ser conocido, demuestra que no sé estas cosas: di que estas disyunciones son falsas, o que tienen algo en común con lo falso, por lo cual no pueden ser discernidas en absoluto.

CAPÍTULO XI.---De la debilidad de los sentidos no se sigue que no se perciba nada verdadero. Ni del sueño y la locura.

24. ¿De dónde, dice, sabes que existe este mundo, si los sentidos engañan? Nunca vuestras razones pudieron refutar tan poderosamente la fuerza de los sentidos, como para convencernos de que no vemos nada: ni osasteis en absoluto intentar esto alguna vez; sino que os esforzasteis vehementemente en persuadir que puede ser otra cosa de lo que parece. Por tanto, yo llamo mundo a todo esto, sea lo que sea, que nos contiene y alimenta; esto, digo, que aparece a mis ojos, y que siento que tiene tierra y cielo, o como tierra, y como cielo. Si dices que no veo nada, nunca me equivocaré. Pues se equivoca quien aprueba temerariamente lo que le parece. Pues decís que puede parecer falso a los que sienten, no decís que no parece nada. Pues ciertamente se eliminará toda causa de disputa, donde os place reinar, si no solo no sabemos nada, sino que tampoco nos parece nada. Pero si niegas que esto que me parece es el mundo, haces una controversia sobre el nombre, cuando yo dije que se llama mundo.

25. ¿Incluso, dirás, si duermes, es este el mundo que ves? Ya se ha dicho, cualquier cosa que me parezca así, la llamo mundo. Pero si solo te agrada llamar mundo a lo que parece a los que están despiertos o incluso a los sanos; contiene, si puedes, que los que duermen y deliran no deliran ni duermen en el mundo. Por tanto, digo esto, que toda esta masa y máquina de cuerpos en la que estamos, ya sea durmiendo, delirando, despiertos o sanos, o es una, o no es una. Explica cómo puede ser falsa esta sentencia. Pues si duermo, puede ser que no haya dicho nada; o si incluso las palabras, como suele suceder, han salido de la boca de un durmiente, puede ser que no las haya dicho aquí, no así sentado, no a estos oyentes: pero que esto sea falso, no puede ser. Ni digo que he percibido que estoy despierto. Pues puedes decir que esto también podría parecerme a mí durmiendo; y por eso esto puede ser muy similar a lo falso. Pero si hay uno y seis mundos; es manifiesto que hay siete mundos, sea cual sea mi estado, y afirmo sin impudicia que sé eso. Por tanto, o esta conexión, o aquellas disyunciones anteriores, demuestra que pueden ser falsas por el sueño o la locura o la vanidad de los sentidos; y si al despertar recuerdo estas cosas, concederé que he sido vencido. Pues creo que ya está suficientemente claro que las cosas que parecen falsas por el sueño y la demencia, son aquellas que pertenecen a los sentidos del cuerpo: pues que tres veces tres son nueve, y el cuadrado de los números inteligibles, es necesario que sea verdad incluso con toda la humanidad roncando. Aunque también veo que se pueden decir muchas cosas a favor de los sentidos, que no hemos encontrado reprobadas por los Académicos. Pues creo que los sentidos no son acusados, ya sea porque los delirantes sufren imaginaciones falsas, o porque vemos cosas falsas en sueños. Pues si han informado verdaderamente a los que están despiertos y sanos; no les concierne lo que el alma del que duerme o delira se imagine.

26. Resta preguntar si cuando ellos mismos informan, informan verdaderamente. Vamos, si algún epicúreo dijera, No tengo nada de qué quejarme de los sentidos: pues es injusto exigirles más de lo que pueden; pero lo que los ojos pueden ver, lo ven verdaderamente. ¿Es entonces verdad lo que ven del remo en el agua? Completamente verdad. Pues si, al añadirse la causa por la cual debía parecer así, el remo sumergido en el agua apareciera recto, más bien acusaría a mis ojos de falsa información. Pues no verían lo que debía verse dadas tales causas. ¿Para qué sirven muchas palabras? Esto puede decirse del movimiento de las torres, de las alas de las aves, de innumerables otras cosas. Sin embargo, me equivoco si asiento, dice alguien. No asientas más de lo que te persuadas de que te parece así; y no hay engaño.

Pues no veo cómo refuta el Académico a quien dice: Sé que esto me parece blanco; sé que esto deleita mi oído; sé que esto me huele agradablemente; sé que esto me sabe dulcemente; sé que esto me es frío. Di más bien si son amargas por sí mismas las hojas del acebuche, que el macho cabrío tan persistentemente apetece. ¡Oh hombre desvergonzado! ¿No es el mismo macho cabrío más modesto? No sé cómo son para el ganado, pero para mí son amargas: ¿qué más buscas? Pero tal vez haya incluso algún hombre a quien no le sean amargas. ¿Te inclinas a la molestia? ¿Acaso dije que son amargas para todos? Dije que para mí, y esto no siempre lo afirmo. Pues si por alguna otra causa, ahora se siente algo dulce, ahora amargo en la boca. Digo que un hombre puede, al probar algo, jurar de buena fe que sabe que eso es agradable a su paladar, o al contrario, y ninguna calumnia griega puede deducirse de ese conocimiento. Pues ¿quién sería tan impudente que me dijera, mientras disfruto algo con deleite: Tal vez no lo estás probando, sino que esto es un sueño? ¿Acaso me resisto? Pero eso también me deleitaría en sueños. Por tanto, lo que dije que sabía, ninguna similitud de falsos lo confunde. Y el epicúreo, o los cirenaicos y tal vez otros muchos, pueden decir cosas a favor de los sentidos, contra las cuales no he recibido que los Académicos hayan dicho nada. Pero ¿qué me importa? Si quieren estas cosas, y si pueden, incluso con mi favor, que las rescindan. Pues lo que sea que se dispute contra los sentidos por ellos, no vale contra todos los filósofos. Pues hay quienes confiesan que todas estas cosas que el alma recibe por el sentido del cuerpo, pueden generar opinión, pero niegan que generen conocimiento. Que sin embargo quieren que esté contenida en la inteligencia, y viva en la mente alejada de los sentidos. Y tal vez en su número está el sabio que buscamos. Pero de esto hablaremos en otra ocasión. Ahora pasemos a lo restante que, debido a lo que ya se ha dicho, explicaremos en pocas palabras, si no me equivoco.

CAPÍTULO XII.---Urge a los Académicos que en vano alegan engaños de los sentidos o del sueño y la locura.

27. Pues ¿qué importa o impide al que investiga sobre las costumbres el sentido del cuerpo? A menos que a aquellos mismos que pusieron el sumo bien del hombre en el placer, no les impida ni el cuello de la paloma, ni la voz incierta, ni el peso que es grave para el hombre y leve para los camellos, ni otras seiscientas cosas, para decir que saben que se deleitan con lo que les deleita, o que se ofenden con lo que les ofende (lo cual no veo que pueda refutarse); ¿los conmoverán a aquellos que comprenden el fin del bien con la mente? ¿Cuál de estas eliges? Si preguntas qué me parece; creo que el sumo bien del hombre está en la mente (Lib. I Retract., cap. 1, n. 4). Pero ahora buscamos el conocimiento. Por tanto, pregunta al sabio, que no puede ignorar la sabiduría: sin embargo, a mí, lento y necio, me es lícito por ahora saber que el fin del bien humano, en el que habita la vida bienaventurada, o no existe, o está en el alma, o en el cuerpo, o en ambos. Convénceme, si puedes, de que no sé esto; lo cual de ninguna manera hacen aquellas vuestras razones más conocidas. Pero si no puedes, pues no encontrarás a qué se asemeje a lo falso, ¿dudaré en concluir que me parece correctamente saber que el sabio sabe todo lo que es verdadero en la filosofía, cuando yo he conocido de allí tantas cosas verdaderas?

28. Pero tal vez teme que elija el sumo bien durmiendo. No hay peligro: cuando despierte, lo rechazará si no le agrada, lo mantendrá si le agrada. Pues ¿quién lo censurará correctamente por ver algo falso en sueños? ¿O tal vez temerá que durmiendo pierda la sabiduría, si aprueba falsos por verdaderos? Esto ya ni siquiera se atreve a soñarlo, para llamar sabio al que está despierto, y negarlo si duerme. Esto también puede decirse de la locura: pero el discurso se apresura a otras cosas. Sin embargo, no dejo esto sin una conclusión muy segura. Pues o la sabiduría se pierde por la locura, y ya no será sabio, a quien clamáis que ignora la verdad: o

su conocimiento permanece en el intelecto, aunque la otra parte del alma imagine lo que ha recibido de los sentidos como en sueños.

#### CAPÍTULO XIII.---Mucho se percibe en la dialéctica.

29. Resta la dialéctica, que ciertamente el sabio conoce bien, y nadie puede saber lo falso. Pero si no la conoce, no pertenece a su sabiduría el conocimiento, sin el cual pudo ser sabio; y en vano preguntamos si es verdadera, o si puede ser percibida. Aquí tal vez alguien me diga: Suelen revelar tú, necio, lo que sabes: ¿no pudiste saber nada de la dialéctica? Yo, en verdad, más que de cualquier otra parte de la filosofía. Pues primero todas aquellas proposiciones que usé arriba, esta me enseñó que son verdaderas. Luego, por esta conozco muchas otras cosas verdaderas. Pero cuántas son, contadlas, si podéis. Si hay cuatro elementos en el mundo, no hay cinco. Si el sol es uno, no son dos. No puede una sola alma morir y ser inmortal. No puede un hombre ser al mismo tiempo feliz y miserable. No aquí el sol brilla y es de noche. O estamos despiertos ahora, o dormimos. O es cuerpo lo que me parece ver, o no es cuerpo. Estas y muchas otras cosas, que sería larguísimo enumerar, las aprendí por esta que son verdaderas, sea como sea que se comporten nuestros sentidos, verdaderas en sí mismas. Me enseñó que si se asume alguna de las partes de las conexiones que propuse, arrastra necesariamente lo que está anexado. Y que aquellas que enuncié por repugnancia o disyunción, tienen esta naturaleza, que cuando se eliminan las demás, ya sea una o varias, queda algo que se afirma por la eliminación de ellas. También me enseñó que cuando se acuerda sobre la cosa por la cual se dicen las palabras, no se debe contender sobre las palabras: y quienquiera que lo haga, si lo hace por ignorancia, debe ser enseñado; si por malicia, debe ser abandonado: si no puede ser enseñado, debe ser advertido para que haga algo más bien que gastar tiempo y esfuerzo en cosas superfluas; si no obedece, debe ser ignorado. Sobre los razonamientos capciosos y falaces hay un breve precepto: si se infieren por una mala concesión, se debe volver a lo que se concedió. Si lo verdadero y lo falso se enfrentan en una sola conclusión, se debe tomar de allí lo que se entiende, y dejar lo que no puede explicarse. Pero si el modo en algunas cosas está completamente oculto al hombre, no se debe buscar su conocimiento. Estas cosas tengo de la dialéctica, y muchas otras que no es necesario mencionar. Pues no debo ser ingrato. Pero aquel sabio o descuida estas cosas, o si de hecho la dialéctica misma es ciencia de la verdad, la conoce así como desprecia la calumnia más mentirosa de ellos: Si es verdad, es falso; si es falso, es verdad: despreciándola, y no dejándola morir de hambre. Creo que estas cosas sobre la percepción son suficientes, porque cuando comience a hablar sobre el asentimiento, toda la causa se tratará de nuevo allí.

#### CAPÍTULO XIV.---Es necesario que el sabio asienta al menos a la sabiduría.

30. Ya, por tanto, lleguemos a esa parte en la que Alypius parece aún dudar. Y primero consideremos qué es lo que te mueve tan agudamente y cautelosamente. Pues si esta sentencia de los Académicos, fortalecida por tantas y tan grandes razones (pues eso dijiste), por la cual les pareció que el sabio no sabe nada, es debilitada por este tu descubrimiento, por el cual nos vemos obligados a confesar que es mucho más probable que el sabio sepa la sabiduría; más bien debe ser contenido el asentimiento. Pues esto mismo muestra que nada puede ser persuadido por argumentos por más copiosos y sutiles que sean, a lo cual no se resista no menos agudamente, o tal vez más agudamente, desde la parte contraria, si hay ingenio. De ahí resulta que, cuando el Académico ha sido vencido, ha vencido. ¡Ojalá sea vencido! Nunca logrará, por cualquier arte griega, que yo, vencido, me retire de él como vencedor. Ciertamente, si no se encuentra nada más que pueda decirse contra estas cosas, confieso espontáneamente que he sido vencido. Pues no tratamos de adquirir gloria, sino de encontrar la verdad. Me basta, de cualquier manera, trascender esa masa que se opone a los

que entran en la filosofía, y que, oscureciéndose con no sé qué refugios, amenaza que toda la filosofía es así, y no permite esperar que se encuentre en ella ninguna luz. Pero ¿qué más deseo, no tengo nada, si ya es probable que el sabio sepa algo? Pues no parecía verosímil que debiera el sabio contener el asentimiento por otra causa, sino porque era verosímil que nada podía ser comprendido. Eliminado esto, pues el sabio percibe al menos la sabiduría, como ya se concede, no quedará ninguna causa por la cual el sabio no asienta al menos a la sabiduría. Pues sin duda es más monstruoso que el sabio no apruebe la sabiduría, que el sabio no sepa la sabiduría.

31. Imaginemos, por un momento, un espectáculo ante nuestros ojos, si es posible, una disputa entre el sabio y la sabiduría. ¿Qué otra cosa dice la sabiduría sino que ella es la sabiduría? Pero el sabio responde: "No lo creo". ¿Quién le dice a la sabiduría: "No creo que seas sabiduría"? ¿Quién, sino aquel con quien ella puede hablar y en quien ha decidido habitar, es decir, el sabio? Vayan ahora y búsqenme, quien lucha contra los Académicos: ya tienen un nuevo combate, el sabio y la sabiduría luchan entre sí. El sabio no quiere consentir a la sabiduría, y yo espero con ustedes, seguro. ¿Quién no creería que la sabiduría es invencible? Sin embargo, protejámonos con alguna estrategia. O bien en esta contienda el Académico vencerá a la sabiduría, y será vencido por mí, porque no será sabio; o será superado por ella, y enseñaremos que el sabio consiente a la sabiduría. O el sabio no es Académico, o el sabio consentirá en algunas cosas; a menos que a quien le avergüenza decir que el sabio no conoce la sabiduría, no le avergüence decir que el sabio no consiente a la sabiduría. Pero si ya es verosímil que el sabio pueda alcanzar la percepción de la misma sabiduría, y no hay razón para que no consienta en lo que puede percibir, veo que es verosímil que el sabio consienta a la sabiduría. Si preguntas dónde encuentra la sabiduría, responderé: En sí mismo. Si dices que no sabe lo que tiene, vuelves a ese absurdo, que el sabio no conoce la sabiduría. Si niegas que el sabio pueda ser encontrado, ya no discutiré con los Académicos, sino contigo, quienquiera que seas, en otro discurso. Porque cuando ellos discuten estas cosas, ciertamente discuten sobre el sabio. Cicerón proclama que él mismo es un gran opinador, pero que busca al sabio. Si aún no lo saben, jóvenes, ciertamente lo han leído en Hortensio: Si nada es cierto, y no es propio del sabio opinar, el sabio nunca aprobará nada. De donde es evidente que ellos, en sus disputas, buscan al sabio, contra las cuales nos esforzamos.

32. Por lo tanto, creo que la sabiduría es cierta para el sabio, es decir, que el sabio ha percibido la sabiduría; y por eso no opina cuando consiente a la sabiduría: consiente en lo que, si no lo hubiera percibido, no sería sabio. Y no afirman que nadie deba consentir, excepto en cosas que no pueden ser percibidas. Pero la sabiduría no es nada. Por lo tanto, cuando conoce la sabiduría y consiente a la sabiduría, ni ignora nada, ni el sabio consiente en nada. ¿Qué más quieren? ¿O buscamos algo sobre ese error que dicen que se evita completamente si la mente no se inclina a ningún consentimiento? Porque, dicen, se equivoca quien aprueba no solo lo falso, sino también lo dudoso, aunque sea verdadero: pero no encuentro nada que no sea dudoso. Pero el sabio encuentra, como decíamos, la misma sabiduría.

CAPÍTULO XV.---Si quien sigue lo probable en la acción sin consentimiento, evita el error.

33. Pero tal vez quieren que me aleje de aquí. No es fácil abandonar lo más seguro; tratamos con hombres muy astutos: sin embargo, les complaceré. Pero, ¿qué diré aquí? ¿Qué? ¿Qué? Debo decir lo antiguo, donde ellos también tienen algo que decir. ¿Qué haré, a quien expulsan de mis campamentos? ¿Acaso imploraré la ayuda de los más doctos, con quienes, si

no puedo vencer, tal vez me avergonzaré menos de ser vencido? Lanzaré, entonces, con las fuerzas que pueda, un arma ya humeante y áspera, pero, si no me equivoco, muy poderosa. Quien no aprueba nada, no hace nada. ¡Oh, hombre rústico! ¿Y dónde está lo probable? ¿Dónde está lo verosímil? Esto querían. ¿Escuchan cómo suenan los escudos griegos? Se ha interceptado lo más robusto: pero, ¿con qué mano lo hemos lanzado? Y mis consejeros no me sugieren nada más poderoso; ni, como veo, hemos causado ninguna herida. Me volveré a lo que la villa y el campo proporcionan: me abruma más las cosas grandes que me preparan.

34. Pues cuando, durante mucho tiempo, reflexionaba en ese campo sobre cómo lo probable y lo verosímil podrían defender nuestras acciones del error; al principio me pareció, como suele parecer cuando vendía esas cosas, bien cubierto y fortificado. Luego, cuando lo examiné todo con más cautela, me pareció ver una entrada por donde el error podría irrumpir en los seguros. No solo creo que se equivoca quien sigue un camino falso; sino también quien no sigue el verdadero. Supongamos dos viajeros que se dirigen a un mismo lugar, uno de los cuales ha decidido no creer en nada, y el otro es demasiado crédulo. Llegan a una bifurcación: el crédulo pregunta al pastor que estaba allí, o a algún campesino: "Salve, hombre honesto; dime, por favor, por dónde se va bien a ese lugar". Se le responde: "Si vas por aquí, no te equivocarás". Y él le dice a su compañero: "Dice la verdad, vamos por aquí". El hombre muy cauteloso se ríe, y se burla ingeniosamente de su rápido consentimiento, y mientras tanto, al quedarse en la bifurcación, comienza a parecerle vergonzoso quedarse quieto, cuando de repente, desde otra esquina del camino, aparece un hombre elegante y urbano montado a caballo, y comienza a acercarse: este se alegra. Entonces, al recién llegado, después de saludarlo, le indica su propósito, le pregunta por el camino; también le dice la razón de su permanencia, para hacerlo más benevolente, prefiriéndolo al pastor. Pero él, por casualidad, era uno de esos que el vulgo ya llama Samardacos. El hombre malvado, incluso gratis, mantuvo su costumbre. "Sigue por aquí", dice: "porque yo vengo de allí". Engañó y se fue. Pero, ¿cuándo sería engañado este? "No apruebo esta indicación como verdadera", dice, "sino porque es verosímil". Y aquí no es ni honesto ni útil estar ocioso; voy por aquí. Mientras tanto, el que se equivocó al consentir, creyendo tan rápidamente que las palabras del pastor eran verdaderas, ya se estaba refrescando en el lugar al que se dirigían: pero este, no errando, ya que sigue lo probable, vaga por bosques desconocidos, y ya no encuentra a nadie que conozca el lugar al que había propuesto llegar. Les diré la verdad, cuando pensaba en estas cosas, no pude evitar reírme, al ver cómo, de alguna manera, por las palabras de los Académicos, se hace que se equivoque aquel que, incluso por casualidad, sigue el camino verdadero; pero aquel que, guiado probablemente por montañas apartadas, no encuentra la región buscada, no parece errar. Pues, aunque condeno justamente el consentimiento temerario, es más fácil que ambos se equivoquen, que este no se equivoque. Desde entonces, más vigilante contra estas palabras, comencé a considerar los hechos y las costumbres de los hombres. Entonces, realmente, me vinieron a la mente tantas y tan graves cosas contra ellos, que ya no reía, sino que en parte me indignaba, en parte me dolía que hombres tan doctos y agudos se hubieran precipitado en tales crímenes de opiniones y atrocidades.

CAPÍTULO XVI.---Hacer lo que parece probable incluso sin consentimiento, es nefasto.

35. Ciertamente, no todos los que se equivocan, pecan; sin embargo, todos los que pecan, o se concede que se equivocan, o algo peor. ¿Qué pasa si alguno de los jóvenes, al escuchar a estos decir: "Es vergonzoso equivocarse, y por eso no debemos consentir en nada; pero, sin embargo, cuando alguien hace lo que le parece probable, no peca, ni se equivoca: solo debe recordar que cualquier cosa que ocurra en su mente o sentidos, no debe ser aprobada como verdadera". Al escuchar esto, el joven acechará la castidad de la esposa ajena. Te consulto a ti, Marco Tulio; tratamos sobre las costumbres y la vida de los jóvenes, a cuya educación e

instrucción todas tus letras han velado. ¿Qué otra cosa dirás, sino que no te parece probable que el joven haga eso? Pero a él le parece probable. Pues si vivimos según lo probable de otros, tampoco tú debiste administrar la república; porque a Epicuro le pareció que no debía hacerse. Por lo tanto, ese joven adulterará con la esposa ajena: si es descubierto, ¿dónde encontrará a alguien que lo defienda? Aunque incluso si lo encuentra, ¿qué dirás? Negarás, por supuesto. ¿Qué si es tan claro que es en vano negarlo? Persuadirás, como en el gimnasio de Cumas o incluso en el de Nápoles, que no ha pecado, ni siquiera se ha equivocado. Pues no se convenció de que debía cometer adulterio como verdadero; le pareció probable, lo siguió, lo hizo: o tal vez no lo hizo, pero le pareció que lo hizo. Pero este marido, hombre tonto, perturba todo con litigios proclamando por la castidad de su esposa, con quien tal vez ahora duerme, y no lo sabe. Si los jueces entienden esto, o ignorarán a los Académicos y castigarán como un crimen muy verdadero; o, obedeciéndoles, condenarán al hombre verosímelmente y probablemente, de modo que el defensor no sepa qué hacer. Pues no tendrá a quién culpar, ya que todos dirán que no se equivocaron; cuando, no consintiendo, hicieron lo que parecía probable. Por lo tanto, dejará el papel de defensor y asumirá el de filósofo consolador: así, fácilmente persuadirá al joven, que ya ha progresado tanto en la Academia, para que se considere condenado como en un sueño. Pero ustedes piensan que estoy bromeando: juro por todo lo divino, no sé en absoluto cómo ha pecado este; si, quienquiera que haga lo que parece probable, no peca. A menos que digan que errar es una cosa, y pecar es otra; y que con esos preceptos actuaron para que no erremos, pero que pecar no es algo grande.

36. No hablo de homicidios, parricidios, sacrilegios, y de todos los crímenes o fechorías que pueden ser cometidos o pensados, que con pocas palabras, y lo que es más grave, son defendidos ante jueces muy sabios: "No consentí, y por eso no me equivoqué. Pero, ¿cómo no haría lo que parecía probable?" Quienes no creen que estas cosas puedan persuadirse probablemente, lean el discurso de Catilina, con el cual persuadió el parricidio de la patria, en el que se contienen todos los crímenes. ¿Quién no se ríe de esto? Ellos mismos dicen que no siguen nada en la acción sino lo probable, y buscan con gran esfuerzo la verdad, cuando les parece probable que no se puede encontrar. ¡Oh, extraño monstruo! Pero dejemos esto, menos nos concierne, menos afecta el peligro de nuestra vida, menos el riesgo de nuestras fortunas. Lo que es capital, lo que es temible, lo que debe temer todo buen hombre, es que todo crimen, si esta razón es probable, cuando a alguien le parece probable que debe hacerse, con tal de que no consienta como verdadero, no solo lo comete sin reproche de crimen, sino también sin reproche de error. ¿Qué, entonces? ¿No vieron esto? Más bien, lo vieron con gran sagacidad y prudencia, y de ninguna manera me atribuiría tanto como para seguir a Marco Tulio en industria, vigilancia, ingenio, doctrina: quien, sin embargo, afirmando que el hombre no puede saber nada, si solo se dijera esto, "Sé que me parece así"; no tendría de dónde refutarlo.

CAPÍTULO XVII.---Por qué los Académicos disimularon su opinión.

37. ¿Qué, entonces, les agradó a tan grandes hombres luchar con contiendas perpetuas y pertinaces para que no pareciera que la ciencia verdadera caía en nadie? Escuchen ahora con un poco más de atención, no lo que sé, sino lo que pienso: esto es lo que reservaba para el final, para explicar, si pudiera, cómo me parece ser todo el plan de los Académicos. Platón, hombre sapientísimo y eruditísimo de su tiempo, que habló de tal manera que cualquier cosa que dijera se volvía grande, y habló de tal manera que, comoquiera que hablara, no se volvía pequeña; se dice que después de la muerte de Sócrates, su maestro, a quien amó singularmente, también aprendió mucho de los pitagóricos. Pero Pitágoras, no contento con la filosofía griega, que entonces era casi inexistente o ciertamente muy oculta, después de ser conmovido por las disputas de cierto Ferécides de Siria, creyó que el alma era inmortal, y

había escuchado a muchos sabios incluso viajando lejos y ampliamente. Por lo tanto, Platón, añadiendo al encanto y sutileza socrática que tuvo en lo moral, el conocimiento de las cosas naturales y divinas que había recibido diligentemente de aquellos que mencioné; y uniendo como formadora de esas partes, y juez, la dialéctica, que o era ella misma, o sin la cual la sabiduría no podía ser en absoluto; se dice que compuso una disciplina filosófica perfecta, sobre la cual ahora no es tiempo de disertar. Basta para lo que quiero, que Platón pensara que había dos mundos: uno inteligible, en el que habitaba la misma verdad; y este sensible, que es evidente que percibimos con la vista y el tacto. Por lo tanto, aquel verdadero, este verosímil y hecho a imagen de aquel. Y por eso, en aquel, en el alma que se conocía a sí misma, como si se puliera y se aclarara la verdad; pero en este, en las almas de los necios, no se podía generar ciencia, sino opinión. Sin embargo, cualquier cosa que se hiciera en este mundo a través de esas virtudes, que llamaba civiles, semejantes a otras verdaderas virtudes, que, salvo para unos pocos sabios, eran desconocidas, no podía llamarse sino verosímil.

38. Estas y otras cosas similares me parecen haber sido mantenidas entre sus sucesores, tanto como pudieron, y guardadas como misterios. Pues no solo no se perciben fácilmente, sino que, a menos que por aquellos que se purifican de todos los vicios, se reivindicuen a una costumbre más que humana; o quienquiera que las sepa, peca gravemente si quiere enseñarlas a cualquier hombre. Por lo tanto, Zenón, el líder de los estoicos, cuando ya había escuchado y creído ciertas cosas, llegó a la escuela dejada por Platón, que entonces Polemón mantenía, sospecho que fue considerado sospechoso, y no visto como alguien a quien fácilmente se le podrían confiar y revelar los decretos platónicos casi sagrados, antes de que hubiera desaprendido lo que había traído a esa escuela recibido de otros. Muere Polemón, lo sucede Arcesilao, condiscípulo de Zenón, pero bajo la enseñanza de Polemón. Por lo tanto, cuando Zenón se deleitaba con su propia opinión sobre el mundo, y especialmente sobre el alma, por la cual la verdadera filosofía vela, diciendo que era mortal, y que no había nada más allá de este mundo sensible, y que nada se hacía en él, sino corporal; pues incluso a Dios lo consideraba fuego: me parece que Arcesilao, muy prudentemente y útilmente, cuando ese mal se extendía ampliamente, ocultó completamente la opinión de la Academia, y como si fuera oro, lo enterró para que algún día lo encontraran los posteriores. Por lo tanto, como la multitud es más propensa a caer en falsas opiniones, y por la costumbre de los cuerpos se cree fácilmente, pero nocivamente, que todo es corpóreo; el hombre agudísimo y humanísimo decidió más bien desaprender a aquellos que sufría mal enseñados que enseñar a quienes no consideraba dóciles. De ahí nacieron todas esas cosas que se atribuyen a la nueva Academia, porque los antiguos no tenían esa necesidad.

39. Pero si Zenón hubiera despertado alguna vez, y hubiera visto que nada podía ser comprendido, salvo lo que él definía, y que tal cosa no podía encontrarse en los cuerpos, a los que él atribuía todo; hace tiempo que este tipo de disputas, que ardía con gran necesidad, habría sido extinguido. Pero Zenón, engañado por la imagen de la constancia, como parecía incluso a los mismos Académicos, y también me parece a mí, fue pertinaz: y esa fe perniciosa de los cuerpos, de alguna manera, pudo sobrevivir en Crisipo, quien le daba grandes fuerzas para difundirse más ampliamente; si no fuera porque, de esa parte, Carneades, más agudo y vigilante que los demás anteriores, se hubiera opuesto de tal manera que me sorprende que esa opinión haya tenido algún valor después. Pues Carneades primero abandonó esa especie de impudencia calumniadora, que veía que Arcesilao no era poco infamado, para que no pareciera que quería contradecir todo por ostentación: pero se propuso especialmente a los estoicos, y a Crisipo, para ser derribados y destruidos.

CAPÍTULO XVIII.---Cómo lo probable fue introducido por los Académicos.

40. Luego, cuando fue presionado por todas partes, si no se consentía en nada, el sabio no haría nada (¡oh, hombre maravilloso y no tan maravilloso! pues fluía de las mismas fuentes de Platón); atendió sabiamente a qué tipo de acciones aprobaban, y viendo que eran semejantes a ciertas verdaderas, lo que seguiría en este mundo para actuar, lo llamó verosímil. Pues quien conoce bien el ejemplo, aprueba bien la imagen. ¿Cómo aprueba el sabio, o cómo sigue lo semejante a lo verdadero, cuando ignora qué es lo verdadero? Por lo tanto, ellos conocían, y aprobaban las falsedades en las que observaban una imitación loable de las cosas verdaderas. Pero como no era lícito ni fácil mostrar esto a los profanos; dejaron a los posteriores, y a quienes pudieron en ese tiempo, una señal de su opinión. Pero prohibían a los buenos dialécticos mover la cuestión de las palabras, insultando y burlándose. Por eso se dice que Carneades fue también el príncipe y autor de la tercera Academia.

41. Luego, en nuestro Tulio, este conflicto duró, ya claramente herido y en su último aliento, a punto de inflar las letras latinas. Pues nada me parece más inflado que decir tantas cosas copiosamente y con ornato, sin sentir así. Sin embargo, con esos vientos, el heno platónico de Antíoco fue, en mi opinión, bastante dispersado y esparcido. Pues los rebaños de epicúreos han establecido establos soleados en las almas de los pueblos voluptuosos. Pues Antíoco, discípulo de Filón, hombre, según creo, muy circunspecto, que ya había comenzado a abrir las puertas, cediendo a los enemigos, y a devolver la Academia a la autoridad y leyes de Platón; aunque Metrodoro había intentado hacer esto antes, quien primero se dice que confesó que no era por decreto que a los Académicos les parecía que nada podía ser comprendido, sino que por necesidad tomaron tales armas contra los estoicos: por lo tanto, Antíoco, como había comenzado a decir, habiendo escuchado a Filón académico, y a Mnesarco estoico, se infiltró en la Academia antigua, como vacía de defensores, y como segura sin enemigo, como ayudante y ciudadano, introduciendo no sé qué mal de las cenizas de los estoicos, que violaba los accesos de Platón. Pero a este, tomando nuevamente esas armas, tanto Filón resistió hasta que murió, como todas sus reliquias fueron oprimidas por nuestro Tulio, impaciente en vida de que se debilitara o contaminara cualquier cosa que hubiera amado: de modo que, después de esos tiempos, no mucho después, toda obstinación y terquedad muertas, esa boca de Platón, que en filosofía es purísima y más luminosa, brilló, disipada las nubes del error, especialmente en Plotino, quien fue juzgado tan similar a él como filósofo platónico, que se pensó que vivieron juntos, pero tanto tiempo hay entre ellos que en este se debe pensar que revivió.

#### CAPÍTULO XIX.---Múltiple género de filosofía.

42. Por lo tanto, ahora casi no vemos filósofos, excepto los Cínicos, los Peripatéticos o los Platónicos: y a los Cínicos, ciertamente, porque les deleita una cierta libertad y licencia de vida. En cuanto a la erudición y la doctrina, y las costumbres que se consultan para el alma, no han faltado hombres agudísimos y muy hábiles que enseñaran en sus disputas que Aristóteles y Platón concuerdan entre sí, de modo que a los inexpertos y menos atentos les parece que discrepan; durante muchos siglos y con muchas contiendas, pero sin embargo, se ha destilado, según creo, una única disciplina de la filosofía más verdadera. No es esta la filosofía de este mundo, que nuestros sagrados textos con toda razón detestan, sino de otro inteligible; a la cual las almas, cegadas por las multiformes tinieblas del error y olvidadas por las más profundas impurezas del cuerpo, nunca esta razón sutilísima las habría llamado de vuelta, si el sumo Dios, con una cierta clemencia popular, no hubiera inclinado y sometido la autoridad del intelecto divino hasta el mismo cuerpo humano; por cuyas enseñanzas, no solo preceptos sino también hechos, las almas excitadas podrían regresar a sí mismas y mirar hacia la patria, incluso sin la contienda de las disputas.

## CAPÍTULO XX.---Conclusión de la obra.

43. Esto me he persuadido provisionalmente sobre los Académicos, en la medida de lo posible. Si es falso, no me concierne, ya que me basta con no creer que la verdad no puede ser descubierta por el hombre. Pero quien piense que los Académicos sentían esto, que escuche al mismo Cicerón. Pues dice que ellos tenían la costumbre de ocultar su opinión, y no solían revelarla a nadie, excepto a quien hubiera vivido con ellos hasta la vejez. Cuál sea esta, que Dios lo vea; sin embargo, creo que era la de Platón. Pero para que comprendan brevemente todo mi propósito; sea cual sea la condición de la sabiduría humana, veo que aún no la he alcanzado. Pero como estoy en mi trigésimo tercer año de vida, no creo que deba desesperar de alcanzarla algún día. Sin embargo, despreciando todas las demás cosas que los mortales consideran buenas, he decidido dedicarme a investigar esto. Y como las razones de los Académicos no me disuadían ligeramente de este negocio, creo que estoy suficientemente armado contra ellas con esta disputa. No hay duda de que somos impulsados a aprender por un doble peso, el de la autoridad y el de la razón. Pero estoy seguro de no apartarme en absoluto de la autoridad de Cristo: pues no encuentro ninguna más poderosa. Y lo que debe ser perseguido con la razón más sutil; ya que estoy tan afectado, que deseo impacientemente aprehender qué es la verdad, no solo creyendo, sino también entendiendo; confío en encontrarlo entre los Platónicos, en tanto no contradiga nuestros sagrados textos.

44. Aquí, después de que vieron que había terminado mi discurso, aunque ya era de noche, y algo incluso había sido escrito con la lámpara traída; sin embargo, esos jóvenes esperaban con gran atención si Alypius prometía responder en otro día. Entonces él dijo: Nunca estoy tan dispuesto a afirmar que algo me ha resultado tan satisfactorio como el hecho de que hoy me retiro vencido en esta disputa. Y no creo que esta alegría deba ser solo mía. Por lo tanto, la compartiré con ustedes, mis contendientes, o nuestros jueces. Pues tal vez los mismos Académicos desearon ser vencidos por sus sucesores de esta manera. ¿Qué podría parecer o exhibirse más agradable que este encanto del discurso, más ponderado que la gravedad de las opiniones, más dispuesto que la benevolencia, más hábil que la doctrina? Realmente no puedo admirar dignamente cómo se han tratado de manera tan ingeniosa las cosas ásperas, tan valientemente las desesperadas, tan moderadamente las refutadas, tan claramente las oscuras. Por lo tanto, ahora, mis compañeros, conviertan su expectativa, que me provocaba a responder, en una esperanza más segura conmigo para aprender. Tenemos un guía que nos llevará a los mismos arcanos de la verdad, ya que Dios lo muestra.

45. Aquí yo, cuando vi que con un cierto entusiasmo juvenil, ya que Alypius no parecía dispuesto a responder, mostraban sus rostros como si estuvieran defraudados: ¿Envidian, dije sonriendo, mis alabanzas? Pero como ya estoy seguro de la constancia de Alypius, no le temo; para que también me den las gracias, los instruyo contra él, quien ha ofendido tanto la intención de su expectativa. Lean a los Académicos; y cuando allí encuentren a Cicerón como vencedor (¿qué es más fácil?) de estas trivialidades, que él sea obligado por ustedes a defender nuestro discurso contra aquellas invictas. Esta dura recompensa te devuelvo, Alypius, por mi falsa alabanza. Cuando sonrieron, pusimos fin a tan gran conflicto, no sé si de la manera más firme, pero ciertamente más modestamente y más rápido de lo que esperaba.